JOAQUIN GARCÍA Y GARCÍA

EL CULPABLE

Drama en tres actos
original y en prosa

Tip. de «El Tiempo»
Murcia.—1919

EL CULPABLE

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN PROSA

DE

JOAQUIN GARCIA Y GARCIA

Estrenada con éxito en el Teatro Ortiz
de Murcia el 11 de Febrero de 1919.

Tip. de «El Tiempo»
1919

Esta obra es propiedad del Autor y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

La Sociedad de Autores Españoles queda encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito legal.

A la inteligente primera actriz María Herrero y al eminente actor Pedro Codina, fieles intérpretes de esta obra, con los afectos de

El Autor

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elculpabledramae00garc

REPARTO

Personajes	*Actores*
ISABEL (25 años)	SRTA. MARIA HERRERO.
CATALINA (55 id.).	CONCEPCIÓN SOLIS.
BEATRIZ LOSADA (36 id.).	ELOISA NICUESA.
MARIQUILLA (16 id.).	OLVIDO LEGUÍA.
JAIME (30 id.)	DON PEDRO CODINA.
FRANCISCO (36 id.).	SALVADOR SIERRA.
DON CLAUDIO (45 id).	FRANCISCO LÓPEZ-SILVA.
DON FERNANDO (32 id.)	LEÓN LALLAVE.
JUAN (60 id.).	LUIS HERRERO.
ROQUE.	ANTONIO PEDROSA.
ANTONIO.	VICENTE SOLER.
PERICO.	CARMELO MÁS.
BERNARDO..	SOLER DOMINGO.
EL ALCALDE..	ANGEL GONZÁLEZ.
LABRIEGO 1.º	JUAN GALCERÁN.
LABRIEGO 2.º.	JOSÉ MARIN.

Mozos del campo

Lugar de la acción un pueblo castellano. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Amplia entrada de una casa del campo. Puerta grande practicable al foro, por la cual se verá el campo cuando está abierta. A cada lado de la misma, ventanas enrejadas. Laterales en primeros y segundos términos, puertas también practicables. Muebles en armonía con la acción. Una mesa regular a un extremo de la escena. Es un día del mes de Agosto. Al poco de levantarse el telón, entran por el foro, ISABEL y CATALINA. La primera lleva traje negro y mantilla a la cabeza. Catalina usa pañuelo al estilo del campo y al brazo sostiene una cesta. A lo lejos se disparan algunos cohetes y la campana de la Iglesia repica aún unos instantes al comenzar la acción.

ISA.—(*Sentándose.*) ¡Uf! ¡Que día, Santo Dios de calor! Y en la Iglesia lo hace de firme.

CAT.—(*Deja la cesta en el suelo.*) Yá; yá; El día de la Virgen siempre fué mú caluroso.

ISA.—Y luego tanta gente,... las velas encendidas...

CAT.—¡Pero que retehermoso que estaba el Templo! ¡Y que sermón nos ha ccháo, el Sr. Cura! ¡Qué palabra de Santo que tiene! Dá encanto oirle. ¿Verdad?

ISA.—Don Fernando es un Santo.

CAT.—¡Oooh! ¡Vaya que si!

ISA.—En fin. Vaya usted poniendo la mesa para almorzar.

CAT.—¿Pero ha llegao tu mario?

ISA.—No ha de tardar. Se detuvo en el pueblo unos momentos.

CAT.—Entonces aún tenemos pá rato.

ISA.—No lo crea usted, Francisco vendrá enseguida y ya conoce usted lo impaciente que es.

CAT —Bueno. (*De la cesta saca algunas cosas y paquetes. Entre ellas un pollo.*) ¡Jesús! ¡Como está tóo de caro! Cualquiera conoce estos tiempos.

ISA.—Y como esto siga así se han de poner peor. Ya está la vida buena, yá.

CAT.—Arrepara que pollejo, ¿eh? No tiene más que huesos y nos han trincao cinco pesetas, y... por ser pá mi!

ISA.—No sé donde vamos a parar.

CAT.—Asi a la miseria. (*Mientras tiende el mantel.*) ¿Qué se almuerza?

ISA.—No lo sé. Haga usted lo que se le ocurra.

CAT.—Pués... Como no sean unos huevos fritos con jamón...

ISA.—Sí; eso está bien.

CAT.—Entonces pá dentro voy. Avisa cuando llegue Francisco. Me llevo tóo esto.

ISA.—Sí, sí, lléveselo usted.

CAT.—Hasta luego. (*Recoge la cesta y hace mutis lateral derecha primera puerta*).

ROQ.—(*Hace entrada rápida, dá un tropezón por la puerta del foro Viene bastante mareado*) ¡Buenos y frescos mi ama.

ISA.—Conque frescos ¿eh? Aquí el único fresco eres tú. ¿Ya vienes borracho?

ROQ.—¡Cá! ¿Borracho yo? No señora. Esto no es más que un mareillo.

ISA.—¡Maldito vino! ¡¡Qué asco de hombre!!

ROQ.—Mi ama, está uste engañá. Yo no farto nunca a mi obligación, pero como hoy no es día de trebájo, pues me dije: Me voy pá la función de la Virgen, y allí que me hé encajao. Pero cuando iban a tocar el huergano; no han encontrao quien le diera al fuelle, y viene el sacristán y me dice: «Roque hoy tiés que ser buen cristiano; si no hay quien dé viento al piano, no hay música en la función. Anda hombre dále tú al fuelle». Bueno. Yo—que no sé si ya le hé dicho, que llevaba cuatro copillas, de aguardiente que me han dáo de mañana en cá el Toribio—pús... que entre la calor, el meneo del fuelle y... la calor, pús que me hé mareao como un chino.

ISA.—¡Anda, Roque! Anda para tu casa y acuéstate a dormirla, porque si viene Francisco y te vé así, te la ganas.

ROQ.—¿Y por qué? ¿Yo he insultao a alguien de esta casa? ¡Vamos... ¿No soy el mejor trebajoor de tó el contorno? ¿No es el día de Nuestra Señora la Virgen Santísima?

ISA.—Bueno. No hables más y vete para la casa.

ROQ.—Si es, que no me puéo dir, mi ama.

ISA.—Pues aquí no quiero a la gente borracha.

ROQ.—Pero si es que yo no puéo dirme sin darle a uste lo que traigo.

ISA.—¿Qué es lo que traes?

ROQ.—Pus traigo esta carta, que me ha dáo el Castorin.

ISA—Pues venga.

ROQ.—(*Busca la carta y no la encuentra.*) ¿Dónde se habrá metio?. (*La encuentra en la faja.*) Ah. Aquí la tengo. Ahi vá.

ISA.—Es para mi marido.

ROQ.—Eso me dijo el Castorin. Y si no me manda ná, me voy. Vaya, hasta luego. Volveré por si me quiere pá algo el amo.

ISA.—Anda con Dios, hombre.

ROQ.—Más derecho que un palo de escoba. Mire usté como ando. (*Mutis por el foro dando traspiés*).

ISA.—¡Siempre el maldito vino! Vamos a ver como vá ese almuerzo. (*Mutis derecha primer término*).

FRANCISCO.—(*Saliendo foro derecha*). Pase usted, Sr. Cura.

D. FERNANDO.—(*Saliendo foro derecha*). ¿Sabe usted, que vengo cansadillo?

FRA.—Hay una buena tirada del pueblo acá.

D. FER.—Y el calor que quema.

FRA.—Pues siéntese, que aquí hace buen fresco.

D. FER.—(*Sentándose*). Bien que se nota.

FRA.—¡Vaya! Mi padre llamaba a esta entrada la nevera, porque para él no habia en todo el mundo una casa tan fresca como la suya en el verano.

JUAN.—(*Saliendo foro derecha*). Como se ve que son ustedes jóvenes. Yo ya no puedo con mis piernas. Van flojeando.

D. FER.—Todavía anda usted si se precisa.

JUAN.—¡Quiá! No valgo ni un céntimo Sr. Cura. (*Se sienta*). A-ja-já.

FRA.—Yo voy sintiendo ya un poco el apetito. (*A D. Fernando*). ¿Quiere usted almorzar con nosotros?

D. FER.—¡Muchas gracias, amigo Francísco. Yo ya tomé mi chocolate y mi bollo.

FRA.—Como usté quiera. Ya sabe de antiguo que esta es su casa. (*A Juan.*) ¿Y usté?

JUAN.—Bueno hombre; mataremos el gusanillo.

FRA.—Pues manos a la obra (*Llamando.*) Isabel... Isabel... Aquí estamos yá.

ISABEL.—(*Sale por la izquierda; tras una pausa*). ¿Me llamabas? Buenas D. Fernando.

D. FER.—Felices Isabel.

JUAN.—Hola muchacha.

FRA.—Hay ganas. ¿Sabes?

ISA.—Ya viene Catalalina con el almuerzo. (*Va a la puerta de la izquierda y llama.*) Catalina. Vamos.

FRA.—A la mesa. Acérquese una silla tío Juan.

JUAN.—Vamos pa allá. (*Francisco, Isabel y Juan, se sientan a la mesa D Fernando queda donde antes*)

ISA.—¡Qué función más hermosa la de esta mañana!

JUAN.—¡Y cuanta gente!

FRA.—La Virgen hecha un encanto.

D. FER.—Una función pobre. Y gracias a algunos vecinos y principalmente a ustedes, se ha lucido un poco más que otros años.

ISA.—Como buenos cristianos se hace lo que se puede.

D. FER.—¡Es que quedan ya tan pocos!

JUAN.—Tiene usté razón, Padre. Tóo eso de la fé y de las creencias ahora no vale ná pa muchas personas. Quedamos bien pocos de ellos. Ogaño le gusta a la gente más otras diversiones que la Iglesia. ¡Ah! Si hubieran ustés conocio mis tiempos. Aquellos; aquellos si que eran buenos.

FRA.—¿Pero qué hace esa mujer que no viene? (*Impaciente*).

ISA.—Aguarda hombre que no tardará. (*Pausa*). ¡Qué memoria tengo Santo Dios! Toma esta carta que para tí ha traido Roque. (*Entregándosela*)

FRA.—¿Cuando ha llegado?

ISA.—Aún no hará media hora. Por cierto que bien ha comenzado el tal Roque.

JUAN.—¿Habrá bebío?

ISA.—Más de la cuenta. (*Francisco lee la carta*).

D. FER.—¡Es una desgracia! El principal defecto de este siglo. ¡El vino!

JUAN.—Tampoco en mi tiempo se conocía. Esas perdiciones las ha traido el modernismo. ¡Cualquier mozo hubiera probado el vino en mi tiempo!... ¡Cá! No se hubiera casao nunca.

D. FER.—Es verdad. Pero todo cambia y evoluciona; lo que antes era amor, moralidad, buenas costumbres, virtud en suma, se ha trocado en pocos años en vicio, aficiones malsanas, conocimiento de lo perjudicial. La gente se ha creado necesidades que antes no existían. Y lo malo siempre tiene más partidarios que lo bueno.

FRA.—(*Deja de leer*). Es del Diputado D. Claudio Losada. Dice que viene con su hermana D.ª Beatriz, la de América, para quedarse en el pueblo una temporada.

ISA.—¿Y vienen a casa?

FRA.—¡Claro! Tenemos que alojarlos. No hay más remedio.

ISA.—¿Estarán aquí hoy?

FRA.—Quizás antes de una hora.

CAT.—(*Que viene con una fuente humeando*). El almuerzo.

FRA.—Ya era hora mujer. Podía usté haber tardao más.

CAT.—¡Perdona hombre! No he querio que lo comieras frio. Por eso hé tardao un poco más.

FRA.—Bueno, está bien (*Comen*).

CAT.—Dias Santos, Sr. Cura.

D. FER.—Hola; simpática Catalina.

CAT.—(*A D. Fernando*). He ido por escucharle el sermón y ha estao usté pa comérselo.

D. FER.—¡Mujer! Para comerme...

CAT.—Yo sé lo que quiero decir. Hasta después. (*Iniciando el mutis por la puerta de la izquierda*).

ISA.—Catalina, prepara dos habitaciones de las altas.

CAT.—Bueno. (*Vase primera puerta de la derecha*).

FRA.—Habrá que ir a esperarles a la mitad del camino.

ISA.—¿Y por qué no les aguardas aquí?

FRA.—No puede ser. Tengo que ir a recibirles, mujer. Ya sabes que es el Diputado del Distrito. ¡El Jefe político!

ISA.—(*Aparte*). ¡Maldita política!

D. FER.—¿Y le sacarán también estas próximas elecciones?

FRA.—¡Seguro! La gente casi toda es mía. Cuando hay que votar, soy el que manda, y el campo todo, de un lado a otro obedece. Aquí ya sabe usté, D. Fernando, que soy el amo.

ISA.—Por eso; por ser el amo, como dices, siempre tienes la vida en peligro.

FRA.—¡Bah! Envidias de los otros.

ISA.—Te expones demasiado. Aún no se me ha pasado el último susto.

D. FER.—¿Algo serio?

ISA.—Y tan serio que fué, que quisieron matarlo y gracias a la Virgen...

FRA.—Repito que no hubiera llegado la sangre al rio. Eso son brabatas de los enemigos. Ríase usté, D. Fernando, quien dá para comer, es el amo siempre. Todos estos campos son míos; ¡mí trabajo y mis sudores me han costado! Al morir mi padre quedó muy poco terreno que cultivar, pero tira de aquí, tira de allá, a este sirvo, a este también, al fin me hice el de más votos de la comarca. ¿Quién sino yo dá empleos en los cultivos y en las cosechas? Mis negocios dan mucho pan a la gente. Por eso desprecio a los enemigos que algún dia tendrán que venir a mí, tarde o temprano.

JUAN.—Eso es verdad. Más qué valió tu padre, vales tú ahora.

FRA.—Mi padre fué muy desgraciado. No le acompañó la fortuna, y hasta que a la vejez sufrió el desengaño de otro hijo, de ese... mala sangre...

D. FER.—¿Luego usted, no es hijo único?

FRA.—¡Más valiera que lo hubiera sido!

JUAN.—No digas eso, Francisco.

FRAN.—Sí lo diré. Fuimos dos hermanos, D. Fernando, dos hijos. Mejor dicho, fui yo solo el hijo; el otro fué bien malo para nosotros. ¡Que Dios le maldiga! Él. Solo él, con sus disgustos, mató a mi padre.

JUAN.—No. Eso no lo digas. ¡Recontra! Jaime se marchó de casa porque quiso o le convíno. Pero bueno, era tan bueno como el que más.

FRA.—¡Vamos!. . ¿Bueno ese hermano, que ni llamarlo así quiero?

D. FER.—Señores, no hablen de ello si causa pena entre ustedes.

FRA.—Ahora tengo interés de hablar, Sr. Cura. Está usted delante y no quiero que pueda pensar mal de nosotros, de mi padre.

D. FER.—¡Por Dios!

FRA.—(*A Juan.*) Usté que es el hermano de mi madre, nos ha conocido de chicos y sabe como hemos nacido. Jaime se educó como yo, en el trabajo honrado de nuestra familia. Mi modo de ser lo conoce todo el mundo. ¿Porqué no siguió mi camino? ¿Porqué no quedó aquí, a ser un hombre trabajador y decente, como todos hemos sido? Porque fué un holgazán que se forjó en la cabeza la manía de ser sabio y hombre de letras. ¡Como si no hubiera más que ser hombre de talento! Jaime, es un loco, encreido con las ideas republicanas y de revolución; abochornado de haber nacido en el terruño, con el deseo de ser un caballerete de Capital y no reparar en los medios para conseguirlo. Ya he sabido hace un par de años donde está y también sé que anda metido con mala gente. ¡Una deshonra para mi! Cuando la última huelga, lo hicieron preso con otros tantos de su misma ralea. Ese es Jaime, tío Juan, y un hombre así no puede ser bueno.

D. FER.—¿Y no ha vuelto a saber más de él?

FRA. - Ni lo quiero. Diez años hace que salió del pueblo, los mismos que no me he vuelto a preocupar de él. Para mi ha muerto.

ISA.—No hables así Francisco. Al fin y al cabo, tu hermano es. Hay que ser caritativo.

FRA.—¿Caritativo? ¿Con un hombre como Jaime? Desertor de las ideas nobles de mi casa. Traicionero de nuestra antigua politica. Un ser, capaz de todo lo malo. No. Eso,jamás. Ni quiero verle, ni hablar de él.

ISA.—Pues haz eso. No hables de él. Si se marchó del pueblo y de la casa sus razones tendría y asunto concluido.

FRA.—(*Enérgico*). ¿Qué estás tú diciendo? ¿Pues qué vida llevó aquí siempre? ¿De qué podía quejarse?

ISA.—¿Yo qué sé? No me has comprendido.

FRA.—Es posible. Pero oye: en esta casa siempre hubo corazón y sentimientos. (*Con intención*) De-ma-si-ado lo sa-bes tú.

ISA.—Basta, Francisco, yo no digo nada. Cuando tu hermano salió de por acá, yo era una chiquilla y casi no le he conocido. No le defiendo, ni ese es el camino. Pero de mí... no hablemos.

FRA.—(*Levantándose*). Ni de tí, ni de nadie. Se acabó la función. Cada uno en su nido vive. Cada uno es como Dios lo ha hecho... y me voy.

ISA.—¿Ya te marchas?

FRA.—Al «Pinar». Allí aguardaré a D. Claudio y a su hermana. Vendremos todos juntos. Conque, hasta luego. Adios, padre Fernando.

D. FER.—Vaya con Él, Sr. Francisco.

FRA.—(*Hace una caricia a Isabel*). Adios mujer... ¡Rabiosota! (*Mutis por el foro derecha*).

D. FER.—(*Tras una pausa*). Si yo hubiera sabido que al Sr. Francisco molestaba el recuerdo de su hermano...

ISA.—No se preocupe por ello. Francisco, es así... algo bruscote.

JUAN.—Seriote. Ná. Caracteres que hay.

D. FER.—Comprendo.

ISA.—(*Quitando la mesa*) ¡Así es la vida! Si todos fuéramos iguales, nos aburriríamos mucho. ¿No le parece a usted?

D. FER.—Me parece que me voy para el pueblo y a mi Iglesia.

ISA.—¿Tan temprano se vá?

D. FER.—Para mí que no puedo dejar aquello solo, siempre es tarde.

MARIQUILLA.—(*Muchacha de 18 abriles, resalada y alegre sale por el foro*). Buenos días, gente.

ISA.—Hola Mariquilla.

JUAN.—¿Qué buscas tú por aquí, criatura?

MARI.—A lo mejor del pueblo, al Sr. Cura.

D. FER.—¿A mí, hijita?

MARI.—Al mismo que viste y calza.

D. FER.—Pues te has engañado. Porque este cura, es de lo peorcito en su clase.

MARI.—¡Si! Eso quisieran en el pueblo de al lado; tener un Santo con sotana como usté, pero se chinchan, que no pué ser.

ISA.—No dirá que no le quieren. ¿Eh?

D. FER.—Buena voluntad de los amigos.

MARI.—Tóo es justicia. A ver si hay quien *pedrique* como usté.

D. FER.—Como yo, seguramente nadie, porque lo hago bastante mal.

JUAN.—¡Cá! No señor.

D. FER.—Basta de adulaciones que yo agradezco; y dí, muchacha; ¿qué quieres de mí?

MARI.—Yo ná. Pero Froilán, el sacristán, me ha dicho que si le veia a usté, le dijera que sin tardar, vaya a la Iglesia que se ha caido una araña del altar de la Virgen y se ha hecho añicos

D. FER.—¡Válgame Dios! ¿Lo ven ustedes? No puedo estar tranquilo un instante. (*De pie*). Eah. Pues vamos andando.

MARI.—Vamonos. (*A Isabel*) he venido a comprar cinta de seda a casa del Chinero y no la tiene. ¡Ya ves! ¡Yo que la quería para el baile de la plaza...! ¡Mi gozo en un pozo!

ISA.—¿Vas a la fiesta?

MARI.—¡Claro! ¿Sin mi que van a hacer los mozos? Se morirían de pena. ¿Tú vas?

ISA.—Luego veremos.

MARI.—Animate mujer.

D. FER.—Hasta luego, Isabel. Cuando se acabe la fiesta, yo mismo le traeré la pulsera y el rosario que lleva la Virgen.

ISA.—No corre prisa.

D. FER.—Quede con Dios, Sr. Juan.

JUAN.—Vaya con Dios, Sr. Cura y la compañía.

MARI.—Adios a tóos.

ISA.—Anda con Dios muchacha. (*Mutis D. Fernando y Mari por el foro; Isabel queda pensativa*).

JUAN.—¿En qué piensas, mujer?

ISA.—No lo sé. Pienso..... y no sé, en qué.

JUAN.—Yo sí lo sé. Piensas en tu marío.

ISA.—También en él. En su modo de ser, en la forma como habla de Jaime, sin cuidarse en que haya o no gente delante.

JUAN.—Lo sé, Isabel, lo sé. Francisco no es bueno del tóo.

ISA.—(*Molesta*) No es eso.

JUAN.—¿No?.... Mira mi cabeza; tiene canas ¿verdad? Muchas. Son los años, que sin enterarme han pasado por mí. Y cada año, me ha hecho aprender más la vida. Conozco a Francisco, como conocí a su padre, como he conocío también a Jaime, a ese hermano de quien tan mal habla éste. Tú eras muy pequeña y no te acordarás de él, pero yo era ya muy hombre y te digo que Jaime es bueno, más que su padre y más que quiera serlo Francisco.

ISA.—Entonces..... ¿porqué se fué?

JUAN.—Porque le obligaron.

ISA.—¿Ellos?

JUAN.—Los mismos. No lo echaron; le hicieron la vida imposible en la casa. ¿Qué más dá? Jaime no podía trabajar porque estaba en-

fermo, como Francisco que siempre ha sio fuerte. Y se fué a otra parte a ganarse la vida de otra manera. Todavía me acuerdo, cuando me decia: «Tío Juan, yo no valgo pa na; aquí hay que trabajar con el cuerpo y yo no puedo, ya ve como me miran en casa, me desprecian.....» ¡Pobrecillo! Unos dicen que se maleó; otros que es socialista... o ¡qué sé yo! Otros que por la capital le vieron, por acá dijeron, que si no creía en Dios, ni en ná. ¡Bah, bah! Tóo eso es tan mentira como ahora es de noche. Jaime es bueno. ¡Demonio! Y si tu marío lo fuera, no hablaría asi de mi sobrino Jaime. Francisco no tiene sentimientos.

ISA.—¡Demasiado lo sé!

JUAN.--No estás tú muy contenta de él. (*Isabel guarda silencio*) ¿Callas, verdad?

ISA.—¡Qué quiere usted que haga!

JUAN.—Tu silencio me dice muchas cosas. Todo se vé y se sabe y yo veo mucho. Sé que no te hace muy feliz. Y también sé que tú no le quieres, ni le has querido nunca, te casaste con él por otra cosa....

ISA.—¿Qué dice usted? (*Enérgica*) ¿Qué quiere usted decir?

JUAN.—¡Bah! ¿Qué voy a decir? La verdad pura. Francisco casi te obligó a que te casaras con él...

ISA.—(*Resuelta*) Pues bien; es cierto. ¿A qué negarlo? Cuando me casé con él, influyeron en mí ciertas cosas....

JUAN.—Que yo conozco muy bién. Cuando murió tu madre—la pobre Soledad, que está en el cielo—tu padre tuvo malos negocios con tu suegro, el padre de Francisco, mi cuñado. Tu pobre padre había pedido mucho dinero a él, para que tú no te murieras de hambre. Muerto el padre de tu Francisco, él siguió prestando dinero al tuyo....

ISA.—No se lo prestaron; la casa de mis padres, valía más que esta, ya lo sabían ellos, y la casa respondió siempre del dinero que les tomó mi padre. La casa nuestra quedó hipotecada.

JUAN.—En resúmen: Francisco amenazó a tu padre con quedarse con la casa si tú no te casabas con él ¿Fué así?

ISA. - (*Molesta*) Bueno. ¿A qué recordar estas cosas?

JUAN.—A que hay que hablar de los hechos suyos, que son los malos, y no de los de Jaime. ¡Que Jaime era un ambicioso? Más lo es él, y déspota, como su padre y avaro. ¡Diablo....! ¿No me ves a mí? Como la suerte no me favoreció nunca, soy pobre, porque mis negocios no fueron tan flamantes como los suyos, y siendo yo de la familia, cuando murió mi pobretica hermana, no me han echao, no, pero tengo que trabajar todavía para poder comer

en su casa; y el día que ya no pueda.... a la calle iré a morirme, y en paz.

ISA.—Tiene usted razón en todo. En cuanto a mi.... yo no hubiera consentido jamás, que mi padre se hubiera visto en mitad de la calle como un perro. Sí; por eso me casé, no he sido yo sola quien ha hecho eso. Pero hoy... tengo que quererlo, es mi marido, y al fin y al cabo...

JUAN.—Es tu deber, muchacha. No serias como manda Dios, si no lo hicieras. Y después de todo, no puedes quejarte; eres la primera de toas las mujeres del contorno, tienes dinero, buena casa, estás respetá por tóos....

ISA.—Todo eso no significa nada para mí. Necesito lo que, más que las riquezas, el lujo y el bienestar, vale en el mundo. Ansío cariño, que no lo tengo, caricias, amores. De mi pobre madre no los tuve. Mi padre tenía otras cosas en que pensar... ¡Y sus besos eran tan tristes!... Cuando casé con Francisco, a pesar de todo, creí que de él obtendría esa falta de cariño, y me engañé. El, como todos los hombres, tuvo los primeros días de ilusión, lo mismo que al niño que le compran un juguete; al principio le cuida y le quiere; lo guarda, lo besa y llora y siente que alguien se lo quiere quitar. ¡Pero después, lo de siempre! Francisco siguió haciendo su vida, sus faenas de antes, su ir y venir por los campos y las ciudades, la política, dias y noches sin vernos, sin preocuparse de la mujer sola, en este caserón, sufriendo por creerle en peligro. En mi pobre entender, tío Juan, yo creí que las mujeres tendriamos otra consideración en el mundo. Pero las mujeres hemos nacido esclavas a barrer, a guisar, a dar al mundo hijos, ser un mueble más en la casa y morirse. ¡Oh! ¡Qué vida!

JUAN.—Para muchos bien triste. Pero así es. Paciencia y resignación. Este es el mundo; un pedazo de tierra lleno de miserias, un montón de personas; los unos mandan, los otros obedecen, ricos... pobres...

ISA.—Sí: sí.

JUAN.—(*Que se dispone a marchar*). En fín; espero que no se te escapará ná de estas cosas que hablamos, podría enterarse Francisco... y ya ves.

ISA.—Descuide usted.

JUAN.—¡Eah! Pues pa el pueblo que me voy un rato, a reunirme con los viejos; a charlar de tiempos antiguos, tú tienes que aguardar a la gente principal.

ISA.—A los Señores de Losada.

JUAN.—¡Al Diputao! Eso os dá tono!

ISA.—Buen tono nos dé Dios.

JUAN.—Conque... ¡Abur! (*Mutis por el foro*).

ISA.—Vaya con Dios. (*Sale Catalina lateral derecha*).

CAT.—Ya están los cuartos.

ISA.—Bueno. Hoy habrá mucha gente a comer. Mata un pavo y pon bastante comida.

CAT.—¿Y porqué no me lo has dicho antes, mujer?

ISA.—Porque no lo sabía, Catalina.

CAT.—¡Válgame la Virgen! Y son cerca del medio día. ¿Cómo voy yo a poder correr tanto?

ISA.—*Marchando hacia lateral primera izquierda, seguida de Catalina*) Hablando menos y dándose más prisa. (*mutis*) (*A lo lejos se oyen cascabeles, que se van acercando cada vez más.*)

FRANCISCO.—(*Entrando por el foro*) Isabel..... (*Pausa*).

ISABEL.—¿Están ya aquí? *Saliendo lateral izquierda*).

FRA.—Antes de lo que yo me figuraba. Si me descuido, no me los tropiezo; y eso lo hubiera sentido con toda el alma ¡¡Es el Diputado!!

ISA.—¡Yá, hombre, yá!

FRA.—Yo me he adelantado para prevenirte (*Pausa*) Ya llegan. (*Sale al camino*).

ISA.—(*Aparte*) ¡Ya tenemos honra en la casa! (*Van entrando por el foro derecha; D. Claudio, viste bien, usa lentes, bigote recortado y guantes. D.ª Beatriz, su hermana, dáse aires de gran señora, impertinentes con los cuales mira todo. El Alcalde, muy bruto, especie de rabo de Francisco y muy pagado del cargo*).

FRA.—Pasen ustés. Aquí hay donde sentarse. ¿Quieren tomar alguna cosa?

D. CLAUDIO.—Déjanos descansar y saludar, buen Francisquillo. Dios os guarde hermosa Isabel. (*A Francisco*). No te enfadarás por haberla llamado hermosa. ¿Eh?

FRA.—Quite usté, por Díos.

ISA.—Gracias por el piropo. Usted, sigue tan bueno y tan alegre.

CLA.—Algo decaidillo, decaidillo; pero vamos tirando. (*Por su hermano*) Esta señora es mi única hermana. a la que no conocíais. Ha venido de..... Inglaterra, donde ha quedado viuda hace un año; su esposo era un.....

BEATRIZ.—Querido Claudio, excusa noticias que no atañen a estas gentes. Tengo un verdadero placer en conocerles. (*Por Francisco*). De usted sé, que es el Jefe de la política, después de mi hermano D. Claudio. (*Francisco asiente con orgullo*). De su mujer que es una virtuosísima muchacha, amable, cariñosa.....

ISA.—Muchas gracias.
CLA.—Nada de adulaciones. Tu merecido.
ALCALDE.—Señora..... (*Quiere hablar pero no le hacen caso*).
FRA.—Aqui no somos más que unos servidores de ustedes.
CLA.—No, amigos. Amiguitos nada más. (*Importante*). ¡Claro! No hay que olvidar que mi influencia en la Corte y en las Cortes; en el Parlamento, es grande. Mi deseo en representar dignamente el distrito, al cual tengo cierto derecho, mi acendrado cariño y protección a los electores..... etc., etc.
FRA.—Y todos estamos muy contentos de usté.
ALC.—(*Nueva intentona*). ¡Señora..... yo...!
BEA.—He admirado la hermosura de estos terrenos. ¡Qué sano es el campo! (*Aparte a Claudio*). Es guapa la mujer.
CLA.—(*Mismo juego*). ¡Como flor de loto!
FRA.—Estos campos están benditos por Dios. Aquí siempre hay buena cosecha.
BEA.—¡Qué hermosura!
ALC.—(*Insiste*). Señora..... yo..... soy.....
CLA.—Pues aunque no queremos molestarte; nos dirás dónde podemos asearnos un poco, el polvo del camino, nos ha transformado.
BEA.—Yo se lo agradeceria mucho. La asepsia es la madre de la salud y por ende de la vida.
FRA.—Anda, Isabel, acompáñales tú.
ALC.—(*Viendo que se van*). D. Claudio..... Señora ....
CLA —¿Eh? Ah. Mi buen Alcaldillo.
BEA.—¿Quién es?
ALC.—(*Deseando hablar, rápido y extravagante*). ¡Soy el Alcalde de Rambla Pintada!
BEA.—Mucho gusto.
ALC.—¿Está usté, buena? ¿Está usté bueno, Don Claudio?
CLA.—Estamos bien. Gracias
BEÁ.—¿De modo que usted, es el Alcalde?
FRA.—Sí señora. A este lo tenemos aquí para hacer lo que a nosotros nos dé la real gana.
CLA.—(*Riendo.*) ¡Qué saladillo es este Francisco!
BEA.—No deja de tener gracia la ocurrencia.
ALC.—(*Corrido.*) Sí..... El..... D..... Francisco es muy bromista. Pero yo.... soy el Alcalde ¿Sabe usté?
CLA.—Ya lo sabemos hombre. Tú ya tienes historia política. ¿Te has enfadado?
ALC.—Cá. No señor. Yo tenía que decirles que si no se le ha recibido como siempre, no ha sido la culpa del Municipio que tengo la

honra de presidir; pero ignorábamos la noticia de su llegada. Esta tarde hay procesión, y ya he *mandado* al Cura que pare el paso de la Virgen en la tribuna que he *ordenao* levantar para ustedes. Por la noche habrá juegos en la plaza, castillo de fuegos artificiales, y otras distracciones. He dicho.

CLA.—Has dicho muy bien. Muchas gracias.

BEA.—Lo pasaremos admirablemente. Estas fiestas del campo me seducen.

CLA.—Vamos, Beatriz. ¿Nos conduces? (*A Isabel.*)

ISA.—Cuando quieran.

BEA.—(*Que acompaña a Isabel hacia la puerta primera de la izquierda*). ¡Qué hermosa casa tienen ustedes!

ISA.—De gente del campo, señora. (*Mutis, Isabel y Beatriz.*)

CLA.—Tenemos que hablar sobre las próximas elecciones.

FRA.—Ya sabe usté que aquí todo está hecho.

CLA.—Sin embargo; siempre es bueno dirigir a la gente con tiempo.

FRA.—Descuide; todo saldrá bien. (*Mutis lateral izquierda.*)

ALC.—(*Queda haciendo reverencias*). Ná; este Francisco, lo quiere tóo pa él. ¡Bonito papel he hecho yo! Pero nadie me quita ser el Alcalde. (*Mutis foro*)

(*Pausa. Ante la puerta del foro, aparecen Jaime y Bernardo.*)

JAIME.—Esta es la casa. Donde he nacido. ¡Mi casa! ¡Cuanto ansiaba llegar a ella!

BERNARDO.—¡Dichoso tú, que tienes un rincón donde quedarte, al fín de la lucha! Yo no tengo casa ni la tuve nunca; el mundo entero es mio; he nacido para luchar....

JAI.—¡Luchar!... ¡Nos han vencido! ¡La humanidad es ciega! ¡Nuestro trabajo ha sido estéril! ¡Nuestro esfuerzo, de nada ha servido!

BER.—(*Animando a Jaime.*) De nada hoy. El resultado será mañana, cuando la semilla de la verdad y la razón fructifique. Estamos bien cerca de ello, no hay que desesperar. Ahora sé feliz.

JAI.—¡Feliz! Ya no podré serlo. ¡Vengo enfermo!....

BER.—¿Quién piensa en eso? Haz por vivír; repón tus fuerzas; ya sabrás de mí, del amigo Bernardo. Y cuando me necesites, llámame.

JAI.—Gracias, amigo mío, gracias. Nada puedo ofrecerte. porque soy pobre, pero siempre tendrás el cariño de un buen hermano.

BER.—Gracias también, Jaime. Hasta volvernos a ver. (*Ambos se abrazan*).

JAI.—¡Adios!

BER.—¡Adiós. (*Mutis.*)

JAI.—(*Despide aún largo tiempo al amigo.*) ¡A seguir el rumbo marcado! ¡A seguir luchando por la vida! ¡Tú eres fuerte! (*Emociona-*

do.) Aquí queda el débil, el desheredado, el eterno mísero. (*Pausa.*) campos tranquilos,donde no llega la desgracia inmensa, porque en tus llanuras cobijas esa pequeña humanidad que ignora;y resignada, sigue su curso indiferente a todo. ¡Oh! ¡Hermosa resignación la vuestra! (*Pausa*) ¡Respira corazón! Parece que otro impulso más vivo me anima. Ahora quiero vivir más. Lo necesito. (*Un golpe de tos le fatiga.*) Pero esta tos.... martirio perpétuo..... ¡Siempre.....! ¡Siempre.....! (*Cae rendido en una silla.*)

ISABEL.—(*Que ha oido la tós, y sale lateral izquierda*) ¿Qué quiere usted, buen hombre?

JAI.—¿Es usted de la casa? Dígame, ¿Francisco Morales...?

ISA.—Es mi marido.

JAI.—Usted no me conocerá; salí del pueblo hace mucho tiempo...

ISA.—(*Aparte*) ¡Cómo...! (*Alto*). Usted?

JAI.—Soy su hermano Jaime.

ISA.—Jaime. ¡Aquí!

JAI.—He andado mucho antes de llegar al pueblo. Me sentí mal, y deseaba pisar esta casa cuanto antes.

ISA.—¿Ha sufrído usted mucho?

JAI.—¡Mucho! Como sufrimos los pobres de cuerpo y espíritu.

ISA.—(*Aparte*). ¡Desgraciado!

JAI.—Dígame, ¿Dónde está mi hermano? Quiero verle y hablarle.

ISA.—Francisco... El caso es que...

JAI.—Hable sin temor. Nada puede extrañarme. Me lo figuro todo. ¿Mi hermano me desprecia?

ISA.—Francisco está muy disgustado con usted; al poco de marcharse del pueblo llegaron a oidos de mi marido ciertas noticias, que... Decían de usted que si era un hombre así...

JAI.—¿Malo? ¡Quizás un criminal, un desalmado!

ISA.—Yo no sé... (*Pausa*). Pero no hay que apurarse. Usted viene a esta casa enfermo; y sea bueno o malo... es nuestro hermano, y hay que auxiliarle.

JAI.—¡Gracias, buena mujer! Solo deseo hablar a Francisco.

ISA.—Espere y no tenga pena. (*Pausa*). Yo sé que es usted un buen hombre; me lo ha dicho muchas veces el tío Juan. (*Pausa*). ¡Pobre! ¡Si trae una cara!

FRANCISCO.— (*Dentro*). Isabel.

ISA.—Francisco viene aqui.

(*Jaime queda sentado,Isabel delante de este, de modo qne al primer momento no le puede ver Francisco*).

FRA.—(*Saliendo lateral izquierda*). Mira Isabel; vámos de jira al cam-

po. Comeremos debajo de los olivos. Es el deseo de... ¿Pero quién hay ahí?

ISA.—Es tu...

JAI.—Francisco...

FRA.—¡Jaime! (*Con enfado*).

JAI.—Yo; que vengo a tu lado; buscando tu amparo y tu caridad.

FRA.—¡Mi caridad! Vienes a que te mantenga, después de haber ido por el mundo embaucando a incautos. ¿No es eso?

JAI.—No esperaba de tí tales palabras. Eres duro conmigo. ¿Cual es mi delito?

FRA.—(*Conteniéndose*). ¿Cual? Había jurado no hablarte siquiera; pero voy a decirte quien eres, para que recuerdes bien tu falta. Nuestros padres nos educaron por igual; nos educaron para tener las mismas creencias; a ser igualmente hombres de corazón. Esta casa siempre fué honrada, la dignificó el nombre sin mancha de mi padre; en esta casa hubo amor al trabajo, a la moralidad, respeto a las buenas costumbres; sin más ambiciones que las de servir a nuestra idea de siempre, la de toda la vida. Así he seguido yo con orgullo. Pero tú, no; odiabas el trabajo de la tierra, porque tenías ambiciones de señor, te metiste en la cabeza cuatro librajos y fué preciso marcharte a esas grandes ciudades, a meterse entre la ralea de vagos que, como no tienen nada que perder, profesan el socialismo; la revolución; faltos de fé en un Dios; acariciando ideas tontas, que se sueltan a los ignorantes... ¡Y entre esos tú! ¡Pobre infeliz! Me das lástima de verte así, y asco de tus ridículas pretensiones.

JAI.—¡Basta! No vine a escuchar de tu boca palabras que me dañan. ¡Bastante maltratado y escarnecido por los agenos me he visto; no seas tú ahora, que al fin eres mi sangre, uno de ellos.

FRA.—¡Báh! Me das risa.

JAI.—Olvidemos ambos; que yo también tengo mucho que olvidar, quizás perdonar recuerdos pasados de mi padre y tuyos.

FRA.—¡Perdonar, tú! ¿De qué?

JAI.—¿Para qué volver a ellos? No. Antes he escuchado de tí, palabras y obcecaciones, me has juzgado sin conocerme—como los hombres se juzgan entre sí, la mayoría de las veces—y en muchas ocasiones, al juzgar se és injusto, como tú lo has sido conmigo hace un instante.

FRA.—¿Injusto dices?

JAI.—Injusto, si. (*Noble*). No te exaltes. Los hombres han de tener una conciencia y un corazón; y yo sé que los tienes. No era ese tu

corazón cuando hace un momento me has recriminado tan duramente. Yo tengo suficiente corazón para no culparos.

FRA.—(*Algo violento*). ¿Pero de qué?

ISA.—Eah. Callad. Olvidarlo todo.

FRA.—¡Culparnos!

ISA.—Vamos; Francisco. Callad de una vez.

FRA.—No. Quiero que este desgraciado, hable de esas culpas. (*A Isabel*). Déjanos solos.

ISA.—No me iré.

FRA.—(*Enérgico*). Vete.

ISA.—¡Qué brusco eres! (*Mutis lateral derecha*).

FRA.—¡Habla! Y termina de una vez.

JAI.—Pues bien: ya es hora de que diga mis causas, las razones porqué os dejé. ¡Qué bien poco lo sentísteis!

FRA.—Mi padre sí, y mucho; yo no, porque no te lo merecías.

JAI.—¡Y ni una sola vez tuve de mi padre ni una sola noticia! ¡Ni una sola vez, se dignó llamarme a su lado! Pero en fin, dejemos esto. (*Pausa*) Escucha tú también. Como decias antes, a los dos nos educaron en las mismas creencias; antiguas tradiciones; repetidas ideas de siempre. Pero la Naturaleza, sábia y potente, no hace igual a todos los séres; y así nosotros fuimos distintos; tú, poderoso, fuerte, atleta; yo, condenado a morir en breve plazo. El lema de esta casa fué el trabajo a la tierra. ¡Yo con ansia la hubiera trabajado! Tú la venciste, con tu vigor, tú salud, y con ella has llegado a ser un hombre rico. Yo lo intenté, pero mis fuerzas se debilitaron. No fué mía la culpa. ¿De quién acaso?... Por no poder ayudaros, me llamásteis el «enclénque». ¿Lo recuerdas? Aquí necesitábais brazos, alma, yo no la tenia; me mirásteis con odio porque vuestra ambición os hizo comerciantes. Y entonces ví que no teníais caridad; que hay padres que desprecian a los hijos débiles; y ví tales ruindades; tal desigualdad en la vida de los hombres, que no quise ni por un momento ser vuestro estorbo, y me marché buscando otro mundo. Me abandoné al azar; a lo desconocido; y quise tener derecho a pensar, ya que aquí no habia pensado nunca, y cuando conocí la vida, cuando observé de cerca a la humanidad, cuando deseaba encontrar nn mundo tan puro y noble donde todos los hombres hubieran tenido lo que a vosotros os faltó para mí, mi desengaño fué tan grande, que allí como aquí, existen las mismas ruindades, mentiras, engaños, ficciones; gentes sin corazón, sin caridad, sin alma.

FRA.—(*Con ironía*). Bien hombre, bien. Ya veo que de algo te ha ser-

vido, conocer el mundo. Pero míra, aquí es lo de siempre; tú ya estás a mucha altura, y en esta casa no vás a estar a tu gusto. Entre nosotros no habrá nunca concordia. Lo siento mucho; pero es preciso qne te marches; que sigas tu camino. Me das lástima y no te irás así..... como has venido.....

JAI.—Es decir..... ¿me echas?

FRA.—No; te aconsejo que te marches. Te daré dinero; no el mio, el poco que te corresponde del padre. Espera; pronto vuelvo. (*Mutis lateral izquierda*).

JAI.—(*Con desaliento*) ¡Dinero! ¡Siempre dinero!

ISA.—(*Saliendo lateral derecha*). No, Jaime; no se apure usted... No te apures. Tú no te irás de nuestro lado; eres muy bueno y todos mienten.

JAI.—Me voy a morir por un camino; a no ver la injusticia de los hombres; a no sentír en el corazón el dardo de la inconsciencia.

ISA.—Serénate; cálmate Jaime.

JAI.—Adios. Buena mujer, que el premio a su bondad no se haga esperar.

ISA.—Tú no te irás. No es justo que te marches así.

FRA.—*Saliendo por la izquierda*). Toma. (*Con unos billetes*).

JAI.—No lo quiero. No he de deberte ni aún eso. Aquí no vine buscando más que cariño y consuelo, pero dinero, no. Que seas dichoso como hasta aquí. (*Jaime se dispone a marchar*).

ISA.—¡Francisco! Mírale. Es tu hermano. ¡El pobre está enfermo! Déjale con nosotros.

FRA.—¡Imposible!

ISA.—Por mi cariño, si es cierto que me quieres, no le dejes ír.

JAI.—(*Ya en la puerta del foro*). Adiós. (*Sale de escena.*)

ISA.—(*Valiente*). Es tu hermano. Es tu misma sangre. Sé bueno alguna vez. Deja que ese pobre hombre muera tranquilo en esta casa, que es tan suya como tuya.

FRA.—Es que...

ISA.—¡Ten caridad! Vamos; llámale.

FRA.—(*Tras una pausa en que la duda embarga a Francisco*) Isabel... es que. (*Vá a la puerta del foro*) ¡Jaime!...

ISA.—(*En la puerta*) ¡Así! (*Sale de escena y tras un instante vuelve con Jaime*).

FRA.—(*Con la mirada al suelo*) ¡Jaime!...

JAI.—(*Mirándole noblemente*). ¿Qué quieres?

FRA.—(*Casi sin mirarle*). ¡Quédate! (*Y rápido abandona la escena por lateral izquierda*).

JAI.—(*Llorando*). ¡Buena, Santa mujer; ¡Gracias! ¡Gracias! (*Cae a sus pies*).

ISA.—(*Levantándole*) ¡¡Pobre!!...

TELÓN—(Rápido).

ACTO SEGUNDO

Granero de la finca de Francisco. Al fondo y apilados en un rincón de la escena, grandes sacos. En lateral izquierda puerta que dá a un granero. En lateral derecha ventana de regulares dimensiones. Al fondo puerta practicable de regular altura. Por la escena alguna silla, o banco. Al levantarse el telón están sentados alrededor de JAIME varios mozos. Entre ellos ANTONIO, ROQUE, PERICO, LABRIEGO 1.º y LABRIEGO 2.º. El TIO JUAN descansa a un extremo del escenario. JAIME sentado les habla. Todos le escuchan atentamente.

ROQUE.—¿Y también ha estado usted en la Capital?

JAIME.—Allí he trabajado de impresor.

ANTONIO.—¿Entonces habrá visto al Rey y a los ministros?.

JAI.—Muchas veces.

PERICO.—¿Y en Francia?

JAI.—También allá.

ROQ.—¡Cuanto mundo habrá corrído ¿eh?

JAI.—¡Mucho! Lo suficiente para aprender las ruindades de la vida.

ANT.—¡Ya ves si habrá víajado el Sr. Jaime!

JAI.—No me llameis así. Llamadme Jaime. Soy como vosotros y aunque sé un poco más, soy pobre, como vosotros.

ROQ.—Pero usté es muy listo.

JAI.—No. Me gusta hablaros de lo poco que sé porque observo vuestra ignorancia. Y al fin..... ¡Dichosos vosotros que no conoceis más miseria que esta! Otras hay por el mundo de gentes poderosas a quienes creeis superiores.

LABRIEGO 1.º.—Claro; a los señores siempre hay que respetarlos.

JAI.—Más respetos quizás merecemos los pobres. Todos los hombres somos iguales por la naturaleza.

PER.—Pero los señores nos dan trabajo y nos pagan.

JAI.—Os pagan eso; vuestro trabajo. Con él ganamos el pan, que nos alimenta. La vida nos la debemos así mismo.

ROQ.—Yo creo que el hombre de dinero y de negocios emplea a los que no lo tenemos. Si el Sr. Francisco, el amo, no nos diera trabajo.... ¿Qué sería de nosotros?

JAI.—¡Oh! ¡Pobre Roque! El mundo es inmenso y en él, hay siempre medios para ganarse la vida. Es que os asusta pensar, qué habrá más allá de estos campos; y más allá, en la inmensidad de lo desconocido está la civilización; el mundo entero es del hombre; la industria, el comercio. Y como hermanos en todo lugar nos debemos ayuda.

LAB. 1 º —No lo comprendo; Francia es de los franceses y España es nuestra.

JAI.—El hombre tiene derecho a ir donde quiera para ganar su vida. No lo comprendéis porque carecéis de cultura.

PER.—Eso sí. Nosotros somos torpones.

ROQ —Trabajaores y na más que trabajaores.

ANT.— No sabemos de ná.

JAI.—Porque no quereis. Si os ilustráseis, si supiérais leer y escribir ...

ROQ.—Y nosotros, ¿pa qué?

JAI.—Para ser ciudadanos libres; para ser dignos y honrados y poder levantar la cara a quien os desprecia por vuestra incultura; para pedir justicia; para ir al mundo futuro; a lo ignorado. Para conseguir el triunfo de nuestro suelo, que será la grandeza de nuestra Patria. Para conseguir esto;—no con la fuerza de las armas—la guerra es la negación total de la fraternidad universal; para obtenerla con entendimiento y constancia; para compenetrarnos de esa sublime idea; para no abandonarnos en los exaltados comerciantes de ella, para convencernos; para persuadirnos.

(*El tío Juan se levanta y vá hacia Jaime*).

JUAN.—Bueno. Basta ya de discursos que es hora del trabajo. Vamos, muchachos. (*Todos se levantan*).

ANT.—(*A Perico*). ¡Qué pronto se nos pasó el tiempo!

PER.—Me armo un lío en la cabeza, de ideas, de derechos y de cosas... que al principio las entiendo muy bien; pero después... vamos... que no las entiendo.

ANT.—Pues es muy facil lo que ha dicho. Que nosotros aunque somos pobres... somos ricos.

PER.—¿Sí? ¡Pues nos ha tomao el pelo! (*Mutis Antonio y Perico foro derecha*).

LAB. 1.º.—(*A labriego 2.º*) ¡Lo que sabe este hombre!
LABRIEGO 2.º.—Más que el Diputao.
LAB. 1.º.— ¡Anda! Y más que el Cura.
ROQ.—Este. Este si que sería buen diputao. Si pudieramos le sacaríamos Menistro.
LAB. 1.º.—¿Nosotros...? Anda vámonos pa las eras (*Mutis labriego 1.º y 2.º por el foro derecha*)
ROQ.—(*Pensativo y rascándose la cabeza*) Ná. Que por mucho que me afano en comprenderlo... no lo comprendo. Es que soy tan bruto... (*Mutis por el foro derecha*).
(*El tío Juan y Jaime bajan al proscenio*).
JUAN.—Déjate de discursos; ya conoces a Francisco; un dia tendreis un disgusto...
JAI.—¿Qué mal hay en ello? ¿Qué les digo yo que pueda ofender a mi hermano.
JUAN.—Ná. Lo que dices es racional y justo pero a Francisco le ha de incomodar. Ya lo conoces. Hazme caso; abandona ese deseo de arreglar el mundo. El mundo no tiene compostura, te lo digo yo y mis años. Ya viste a D. Claudio que ceño puso cuando te oyó hablar los otros días.
JAI—Deje usted tío Juan. ¿Qué me pueden importar los ceños de esa gente. El cariño al terruño me ha obligado a volver a esta casa y al hacerlo lo he abandonado todo; hasta mi idea; lo que muchos llamaron mi locura; he venido a morir tranquilo. ¿Qué me puede importar ese político? (*Pausa*) Pero me causa pena, al ver estos pobres y desgraciados seres, como máquinas de carne y hueso que no ven, no piensan y no viven, su mundo es la rutina y abandonándolos así queremos regenerar a nuestra patria...! ¡Oh! ¡Qué poca humanidad tenemos... La humanidad!
JUAN.—Pero a qué hablar a esta gente de todo eso. No lo entienden; mejor dicho; no lo entendemos.
JAI.—No lo entienden hoy; mañana sí lo comprenderán, cuando luzca potente y poderosa como ráfaga de fuego brillante la verdad. Cuando conozcan esos divinos deberes de auxilio de los unos para con los otros; cuando la ya casi desecha humanidad cuente con el hombre que dando ejemplo practique mi idea; la que vive constante en mi cerebro, la que alimenta mi corazón y mi alma.
JUAN.—¡Chitón! Francisco viene.
JAI.—(*Tose seguidamente*). Esta tos. ¡Oh! tio Juan es mi aniquilamiento; es mi vida que se destroza; ¡esta es otra bien triste realidad!
JUAN.—Eso pasará con estos aires.

(*Entran D. Claudio y Francisco por el foro izquierda*).

FRA.—Aquí tengo el grano de la cosecha. (*Se aproximan a la puerta de la izquierda*).

D. CLA.—¡Hola! ¡Valiente producto, no tendrás queja! (*Dirigiéndose a Jaime*). Buenas tardes, hombre sabio. (*Jaime rie despreciativamente*).

JAI.—Buenas, señor.

D. CLA.—Adios, tio Juan.

JUAN.—Muy buenas las tengan.

FRA.—(*A Jaime*) ¿Cómo no estás en las eras? Es preciso que no me abandones aquello. Hay que seguir contando; hay que trabajar.

JAI.—Allá me voy; buenas tardes. (*Mutis foro*).

D. CLA.—Vaya con Dios.

JUAN.—(*A Francisco*) ¿Quieres algo? Pá el olivar me marcho.

FRA.—Nada, tio Juan.

D. CLA.—Hasta luego.

JUAN.—Hasta después. (*Mutis foro.*)

D. CLA.—¿Aprovecha tu hermano en su administración?

FRA.—Es bien fácil lo que hace.

D. CLA.—Sin embargo; Jaime es hombre que vale mucho. Yo siento que no sea de los míos; su inteligencia debíamos aprovechárnosla.

FRA.—Mi hermano no es torpe, pero es un equivocado como hay muchos. Es incorregible en sus ideales. ¡Bah! Pero inofensivo.

D. CLA.—(*Mirando cautelosamente hacia la puerta*) ¿Tú crees?

FRA.—Estoy seguro.

D. CLA.—Creo que te engañas (*Con afectación ridícula*) Jaime; en mi entender que es mucho, porque mi ilustración, mi carrera política etc., etc. opino que es un ser peligroso en el terreno y en esta casa.

FRA.—¡Peligroso! ¿Qué puede hacer ese desdichado que nos perjudique?

D. CLA.—No... nada... Claro es; peligroso, lo que se dice peligroso no. Pero estos individuos que han corrido por entre las líneas obreras; que han vivido en un ambiente... . ¿Cómo le llamaria yo?... rebelde ¿Comprendes? Rebeldía a los ricos porque esa es su idea. ¿Tienes cuatro, pues dame dos? ¡Ya vés! ¡Ridiculeces! Pero en ocasiones, van sembrando la semilla de la discordia entre estos buenos y obedientes campesinos..... y..... al tiempo.....

FRA.—Eso será en otra parte. Aquí no. Aquí soy el amo. Mi hermano ha de vivir en mi casa porque ès pobre y está enfermo, pero me conoce, y sabe de lo que sería yo capaz si a tal cosa se atreviera (*Pausa*). Pero no hablemos más de él.

D. CLA.—Conforme. Mas no obstante, no está mal que vigiles a tu gente, a nuestras huestes, de las cuales..... (*En el colmo de la adulación*). Eres ahora, como lo fuiste, el indiscutible caudillo.

FRA.—¿Pero tiene usted alguna noticia de.....?

D. CLA.—¡No por Dios! Mis palabras suponen, pero no afirman. Nada entre dos platos. Y ahora si te parece hablemos de nuestros asuntos. Todo lo dejé hablado y tratado en la Corte. A fin de mes dispondremos de un barco, el permiso lo tengo concedido; la cosecha de trigo es considerable; alto el precio y... el negocio terminado tan pronto se verifique la entrega de la mercancía, cobramos nuestras pesetas y... etc. etc. eso es ¿qué te parece?

FRA.--(*Dudando*). Muy bien. Pero habrá que determinar la cantidad..... tenga usted en cuenta la escasez de la vida. ... habrá que conservar.....

D. CLA.—¿A qué esas reticencias? El negocio es el negocio..... la vida es la vida, etc., etc.

FRA.—De acuerdo.

D. CLA—Y ahora a otra cosa. (*Pausa*). Te necesito Francisco. Los hombres como yo no tenemos nunca dinero ahorrado, nuestro modo de vivir, el lujo; las relaciones sociales;. ... etc., etc. Pues preciso de la mezquina cantidad de tres mil pesetas que espero me prestarás ¿eh?

FRA.—¡No faltaba más! ¡Claro que sí!

D. CLA.—(*D. Claudio riendo*). ¡Ya tú ves, el Jefe, pidiendo una miserablilla cantidad al cacique pueblerino! ¿No es esto gracioso?

FRA.—Los amigos somos para las ocasiones, Sr. D. Claudio. No hay más que hablar. ¿Cuando prefiere ese dinero?

D. CLA.—Hombre, no es puñalada de pícaro, no estoy en la calle. ¡No corre prisa! Claro es que de dármela..... si te dá igual..... dámela ahora.

FRA.—Venga a casa y.....

D. CLA.—Vamos ya que tanto insistes. (*Pausa*). Y de esto ni una palabra no estaría bien visto.

FRA.—Nada, D. Claudio; ¿quién se vá enterar?

D. CLA.—La devolución será mañana o a lo más tardar dentro de un mes; cuando me gire mi administrador..... ¡Ya me conoces!

FRA.—Que no hay más que hablar. Vamos. (*Mutis ambos foro*) (*Entra Roque por el foro y en la puerta con alguien que está fuera*).

ROQ.—¡Para, ahi! (*Pausa*). Bueno vamos con ellos. Ponte tú en lo alto del carro, Perico. (*Perico entrando por el foro*).

PER.— ¡Hombre! ¡Que siempre me poneis en las alturas!

ANT.—(*Entrando por el foro*) Anda Perico que cae un sol de justicia.

PER.—(*Iniciando el mutis.*) De esta hecha me liquido. (*Mutis foro.*)
ROQ.—¡Vaya una calor!
ANT.—Ya, ya; y eso que ahora no la llevas por dentro; si con este fuego que cae tuvieras dos copejas...
ROQ.--Ya no bebo. Gracias al Sr. Jaime; que su consejo ha sio pa mi una bendición. ¡Hay que ver! ¡Un consejo se agradece más que un cigarro de cincuenta! Y yo dende que oigo hablar a Jaime estoy mucho mejor. Ese hombre es una medecina.
ANT.—¡Un sabio! Mira que cuando antiyer se pelearon el Nicolás y el Marianin.
ROQ.—Que faltó poco pa matarse.
ANT.—Yo lo ví. Se metió en comedio de ellos y con cuatro palabras que él sabe, tóo arreglao.
ROQ.—¡Es mucho hombre este!
PER.—(*Entrando más encarnado que un tomate.*) ¡Pero oye, me vais a tener encima del carro toa la vida? ¡Y es un dia friolero que digamos! (*Limpiándose el sudor*)
ROQ.—Vamos hombre no te enfurruñes.
ISABEL.—(*Entrando por el foro.*) Buenas tardes.
ROQ.—Buenas, mi ama. (*Mutis por el foro.*)
ISA —¿Ha estado aquí mi marido?
ANT.--Con D. Claudio. Camino de la casa iban. (*Mutis por el foro.*)
ISA.—(*A la puerta.*) ¡Y allí el pobre Jaime aguantando este sol que abrasa!
(*Antonio y Roque entran de vez en cuando cargados de sacos qae dejan en la escena.*)
CATALINA.—(*Entrando por el foro*) Mira Isabel. Esa señora es mi desesperación; no hace más que pedirme cosas y lo que es peor... ¡en francés!
ISA.—¿Pero qué pide?
CAT.--En primero y principal, me ha hecho que le cosa un tomate así de grande en una media. Luego me ha pedido dos huevos frescos. ¿A que no adivinas pa qué?
ISA.—No.
CAT.—(*Riendo.*) Pues... pa quitarle lo de dentro y untarse los carrillos con las claras. Había que verla.
ISA.—¡Válgame Dios!
CAT.—Agua caliente; una pluma de gallina y una piel de conejo. Pero luego, me ha pedido un..... bueno..... cepillo pa los dientes y como no lo había, le he llevado una almohaza de las bestias.
ISA.—¡Por Dios, Catalina!
CAT.—¡Hija yo que sé! Lo cierto es, que esto es un abuso; que se dan

la gran vida como si estuvieran en su casa, que llevan el cortijo medio revuelto.....(*Pausa.*) Pero lo manda el amo y a callar. Conque si no quiés ná, pa allá me voy. (*Con misterio.*) Dice que yo soy su doncella. (*Mutis foro*)

(*Roque y Antonio entran con sacos.*)

ROQ.—Vamos a cargar otra vez. ¿Quié usté algo mi ama?

ISA.—Nada. Andar con Dios.

(*Mutis Roque y Antonio foro derecha*).

ISA.—(*A la puerta*). ¡Pero este hombre se vá a poner peor. (*Haciendo señas con la mano*) ¡Que vengas, sí! (*Pausa*).

(*Jaime entra en escena fatigoso, se quita el sombrero y pásase el pañuelo por la frente*).

ISA.—Entra hombre. ¿Qué haces allí con este calor para como tú estás?

JAI.—He sentido ponerme malo. No valgo nada. Parezco un anciano.

ISÁ.—Claro, has venido a curarte y no haces nada por ello.

JAI.—¡Curarme! No; se acerca mi final; un día u otro; no se hará mucho aguardar.

ISA.—No quiero que hables de eso. Siéntate, criatura, así, tranquilo. Ahora charlemos un rato y después cuando caiga la tarde vas a tu trabajo.

JAI.—No. Mi hermano me ha encargado una misión que he de cumplir.

ISA.—Y yo no quiero, ¡eah!

JAI.—Isabel, Francisco me dá un pedazo de pan y yo quiero ganármelo del modo que pueda.

ISA.—Estás tan debil.

JAI.—¡Ah! ¡quién como esos mozos hércules de la vida!

ISA.—¿Por qué tienes ese miedo a Francisco?

JAI.—(*Con expresión noble*). No es miedo; es respeto; agradecímiento a lo que por mí ha hecho.

ISA.—Es su deber.

JAI.—No crée él lo mismo, a nada está obligado. Al abandonar esta casa y estos lugares; mi padre y Francisco me olvidaron por completo. Ya lo viste y como extraño, como desconocido, como miserable harapiento, al llamar a su puerta, él me arrojó a la calle; solo tú influiste,buena mujer, santa y caritativa en su perdón, si algo hubo porque perdonarme.

ISA.—No puedo hacer más por tí.

JAI.—¡Oh! No. Has hecho demasiado.

ISA.—Demasiado, no.

JAI.—Sí, sí, buena hermana. Y al considerarme tanto expones tu felicidad, tu tranquilidad en esta casa.

ISA.—¿Por qué?

JAI.—Francisco es violento, brusco, entiende la vida como todos los hombres del contorno. ¡¡Son los amos!! Amos de sus tierras, de sus ganados, de sus mansiones y entre todo ello, amos son también de sus mujeres. De vosotras destinadas a la más alta misión en la vida. A aumentar el mundo con vuestro fruto. Sois la base de la humanidad y sin embargo, sois una esclava más del capricho del señor; autómatas, movidas al impulso del marido, dentro del limitado recinto de la casa. Desconocen los hombres vuestra grandeza; olvidan vuestras lágrimas; desprecian vuestra opinión, porque ignoran vuestra inteligencia.

ISA.—Sí. Háblame así. Cada palabra tuya la siente mi alma y en mi cerebro pobre, se han cruzado muchas ideas incomprensibles antes, que al escucharlas ahora, viven en mí de modo distinto. (*Pausa*). Escucha. (*Con vehemencia*). Yo he imaginado un mundo inmenso donde hay otra vida; he soñado con algo más que esto y he pensado que en ese mundo has estado tú combatiendo el mal y deshaciendo envidias y mentiras valientemente. Por eso te admiro

JAI.—Sí Isabel; lo he combatido con valentía y nobleza.

ISA.—Como me gusta oirte. ¡Porque piensan de tí que eres malo! ¿Qué no crees en Dios...?

JAI.—(*Con desilusión*). ¡Qué engaño! ¡Así está nuestro pueblo, y nuestra raza! ¡Me llaman ateo! ¿Pero qué tiene que ver la religión donde se ha nacido con una idea que después se adquiere? ¿Me llaman asi porque soy rebelde? ¡Pues bien! (*Valiente*). Rebelde sí. Rebelde a lo inhumano e inmoral; rebelde y con honra, al abandono de mi pueblo caido, aniquilado por el abandono de la sociedad misma; rebelde a la ocultación de la verdad; rebelde a esa incultura que impíde el progreso. Pero cristiano siempre. Tengo fé en Dios, en ese símbolo que alienta para vivir con libertad; porque si en la religión de Cristo nació el principio de la igualdad del hombre y desterró el poder del fuerte para con el débil, tenemos que ser Cristos para regenerarnos.

ISA.—¡Pobre! ¡Como habrás sufrido!

JAI.—Como todos los que queremos redimir con la enseñanza y como siempre me han vencido los que primero me aconsejaron. (*Pausa*).

ISA.—Dime: ¿No has amado nunca?

JAI.—(*Triste.*) Sí, he amado con el alma a la desgracia. (*Como recordando.*) ¡Pobre mujer!

ISA.—¡Era buena!

JAI.—No lo supe jamás. Si fué mala no tuvo ella la culpa, si fué buena,

mucho tuvo que serlo para no vengarse del mal que le hicieron. (*Pausa.*) Dejemos esto.

ISA.—¡Jaime!

JAI.—¡Vamos! ¿Porqué llorar?

ISA.—Porque tengo pena de no haberte conocido antes. ¡Quién hubiera podido vivir tu vida!

JAI.—Hemos llegado tarde.

(*Entra Beatriz foro.*)

BEATRIZ.—¿Ustedes me dan permiso?

ISA.—¿Para qué, señora?

BEA.—Para entrar. La educación no está reñida con la amistad y bien pudiera yo interrumpir esa secreta conversación.

JAI.—Señora, entre mi hermana y yo no puede haber ningún secreto, sino un sincero afecto.

BEA.—Pues está claro. ¿Quién piensa otra cosa? No he dicho nada y perdone el caballero si hubo interpretación equivocada. (*A Isabel.*) Venga esa mano. Traigo una invitación para usted, se trata de.....

(*Entran Francisco y D. Claudio.*)

FRANCISCO.—¡Ah! ¿Estábas aquí? Nosotros buscándote por todas partes. (*Aparte.*) Siempre Jaime y ella.

D. CLAUDIO.—Corremos tras usted como un cazador perspicaz sigue a la liebrecilla saltarina.

ISA.—¿Qué querían de mí?

FRA.—A la señora doña Beatriz se le ha ocurrido una buena idea. La de ir al Encinar, es preciso que vayas a casa, prepares una buena cesta y disponte a venir con nosotros.

D. CLA.—(*Con ironía.*) Pero hace falta su aprobación.

BEA.—¡Claro!

FRA.—Pues es natural, lo digo yo.

ISA.—¿Lo oyen ustedes? ¡Lo dijo mi marido!

BEA.—¿Y usted, señor D. Jaime, no viene?

JIA.—Perdoneme señora, pero yo tengo que trabajar, buenas tardes. (*Mutis por el foro*).

ISA.—Voy a disponerlo todo (*Mutis Isabel por el foro*).

FRA.—Yo he de salir un momento, vuelvo enseguida. (*Mutis por el foro*).

D. CLA.—Vé. Hay que cumplir con la obligación, antes que la diversión. (*Pausa y a Beatriz*). ¿Con que estaban solitos?

BEA.—Y muy juntos. Francisco es un memo.

D. CLA.—¡Oh! ¡oh! Vamos despacio; el que hayas presenciado la charla de Isabel y ese Jaime no es un dato para sospechar.

BEA.—¿Y si hubiera escuchado?
D. CLA.—Esto vá interesando.
BEA.—¿Y si le hubiera oido decir a ella?....
D. CLA.—¡Qué!
BEA.—«Te quiero Jaime».
D. CLA.—¡Esto ya es gravisimo!
BEA.—Como que estoy segura de que hay algo más que fraternidad.
D. CLA.—Ya lo he pensado. Ya. Observo que éste hombre es un peligro y grande. Noto que todo el contorno le quiere y casi le venera. Pudiera ocurrir..... ¡Pero, bah!
BEA.—Puesto que puedes, debieras desterrarlo de aquí.
D. CLA.—Veremos el medio. Ahora siempre alegres. Siempre políticos. Diplomacia.
D. FERNANDO.—(*Entrando foro*). Buenas y santas tardes. ¿Qué tal vá, señora? ¿Cómo andamos, D. Claudio?
D. CLA.—Mi querido Cardenal. Yo le llamo a usted así porque su talento bien merece una *mitra* cardenalicia. (*marcando la frase subrayada*).
BEA.—Buenas tardes, señor Cura.
D. FER.—Gracias por sus deseos señor D. Claudio, pero mis aspiraciones, dentro de mi ministerio, no pueden ser más pobres; me contento con este curato de misa y olla.
D. CLA.—(*Adulando*). ¡Modesto! ¡Modesto! Pero eso le realza a usted mucho más. Aunque usted no me ayude en elecciones yo le quiero siempre.
D. FER.—Muchas gracias D. Claudio. Me interesa hacer constar que mi neutralidad, en cuanto a trabajos electorales, me la oblígan estos hábitos; entiendo que los curas tenemos mucho que hacer, si se quiere ser como Dios manda. Nosotros no importa que no hagamos política porque la hariamos bastante mal.
D. CLA.—Sin embargo, mi querido párroco; con la verdad y la idea moral de nuestra política ni se ofende a Dios, ni tampoco se falta a la misión de ustedes.
D. FER.—¡Dice usted a la verdad! ¿La verdad en política? ¡Ah! Amigo y respetado D. Claudio. Puedo asegurar a V. que desgraciadamente la verdad en política es casi, casi un cuento de niños.
D. CLA.—¡Caray Sr. Cura! ¡Ignoraba que no ignoraba usted tanto!
D. FER.—¡¡No vé usted que he estudiado teología!!
FRANCISCO.—(*Entrando por el foro*). ¡Eah! Cuando ustedes quieran estamos andando. Hola padre Fernando.
D. FER.- Felices, Francisco.
D. CLA.—(*A D. Fernando*). Qué, ¿nos acompaña usted?

D. FER.—Bien lo desearía si otras cosas no me lo impidieran.
BEA.— (*Con intención*). Una de esas cosas ya sé cual es.
D. FER.—Puede ser.
BEA.—Echar un parrafito, con su indiscutible amigo Jaime.
FRA —(*Con mal humor*). ¿Con mi hermano?
D. FER.—Sin ocultar, que el Sr. Jaime es mi buen amigo—puesto que es honra para mí—diré a ustedes que es una satisfacción serlo suyo. Pero la señora se ha equivocado; voy de paso y me detuve aquí unos instantes. Esto es todo.
FRA.—Se conoce que mi hermano es muy querido de ustedes, ¿no?
D. FER.—¿Qué mal hay en ello? Ustedes desconocen las cualidades morales del pobre Jaime, yo he procurado estudiarle mucho y de él he sacado que tiene, no solo un grandísimo corazón, sino unas hermosas condiciones de hombre de bien. (*Aparte*). Creo que ya lo he dicho todo.
FRA.—(*Algo molesto*). Mire usted, Sr. Cura, yo agradecería que dejemos a Jaime con sus bondades y que como a un individuo cualquiera se le deje en paz.
D CLA.—Sr. D. Fernando, si usted conoce las cualidades morales de Jaime yo tambien conozco algunos hechos de su vída y entiendo, padre, que no cuadra muy bien al que viste una sotana la amistad de un sujeto que carece de toda religión y que está fichado como hombre de malos antecedentes, por sus ideas exaltadas. Es un hombre peligroso.
JAIME.—(*Entrando al decir las últimas palabras D. Claudio*).¿Ni aún en estos apartados rincones puedo vivir en paz? (*Pausa durante la cual hay una espectación enorme*) ¿Y me acusa usted de irreligioso; de hombre de malos antecedentes? ¡Ese hombre, soy yo? ¡Y se me insulta villanamente; cruelmente, sin que la voz de la sangre, grite en mi auxilio! Pues bien, aquí estoy, mísero y pobre a escuchar esa grave acusación de un hombre tan moral, tan digno y caballero como usted. Pero escúcheme. Yo no he sacrificado nunca los intereses de todos en provecho propio; ni me he encharcado en los más villanos negocios. (*La gente se vá aglomerando a la puerta del foro*).Yo no traicioné jamás a mi pueblo, ni vendí al amigo. (*Isabel entra por el foro*), ni me escondí en la penumbra, para la conjura y las insidias. Yo soy el desdichado; el que ha ganado mi vida pobremente para socorrer al que era tan pobre como yo y luché con esfuerzo débil, porque soy débil y prediqué ante todos, pero levantando la frente, una igualdad entre los hombres como la predicó Cristo, y no tomé jamás

dádivas de nadie a pesar de mi miseria y dí hasta mi escasa salud por las víctimas de la humanidad.

D. CLA.—(*A Francisco*). Esto es una insolencia. ¿Qué tienes que decir a esto?

FRA.—(*Lleno de ira*) ¡Jaime!

BEA —¡Esto es una grosería! ¡Una infamia!

ISA.—(*A Jaime y a Francisco*) ¡Por Dios!

D. CLA.—Jamás creí que en tu casa pudiera insultárseme, ¡porque esto es un insulto; como tu hermano lo ha hecho! ¡Un anarquista! ¡Un descamisado!

JAI.—¡Miente usted! (*Con suma energía*). ¡Miente! Anarquista, no. Ese es su error.Se cree capaz de la mayor inteligencia y es un desdichado ignorante, el hombre que no piensa como usted es un anarquista.

D. FER.—Vamos, señores, sean prudentes.

BEA.—(*Irritada*). ¡A señores de nuestra condición insulta un miserable como usted!

JAI—Los señores son otros; señores de corazón, no señores de conveniencia.

ISA —¡Te lo suplico! ¡Calla Jaime!

FRA.—¡Basta! (*A los hombres que están en la puerta*). ¿Qué haceis ahí, imbéciles? Idos todos a vuestra tarea. ¡Largo! (*Todos se marchan*) Y tú, Jaíme, que has venido a traer la intranquilidad en mi casa, largo de aquí también. Estos señores son más sagrados que tú. No quiero verte más. ¿Lo oyes? No quiero verte más.

ISA.—No seas así, Francisco.

FRA.—Te ordeno que calles (A *Isabel*).

D. FER.—Señores, no creo que hay motivo...

FRA.—D. Fernando, mande en su Iglesia si le place, yo soy el amo de mi casa.

ISA—Parece que has perdido la cabeza.

FRA—¡Calla te he dicho!

BEA.—Demasiado sabemos porque le defiende.

FRA.—(*En el colmo de los celos*) ¡Eh! ¿Qué dice usted? Isabel, habla. ¿Qué quiere decir?

D. CLA.—Seamos claros, son muy hermanos y se quieren mucho.

JAI.—(*Desconsolado*). ¡Pero es posible! ¡Así urdís vuestras intrigas!

FRA.—¡Hablad! ¡Hablad digo! Y si es cierto lo que termino de oir he de acabar, (*A Jaime*) tu miserable vida, antes de que te pudras como un bicho dañino.

ISA—.(*Con amargura*). ¡Pero tú puedes oir una infamia, una ofensa a

mi honra, que te pertenece pura y sin mancha, sin castigarles!

FRA.—Fuera de aquí Jaime, no quiero verte más.

(*Coge violentamente a Jaime que sin fuerzas es arrastrado hasta la puerta*).

D. FER.—¡No! (*Interponiéndose entre Francisco y Jaime*). Jaime tendrá mi iglesia y mi casa.

ISA.—¡Ah! No saldrá de aquí, quiéralo quien lo quiera.

FRA.—(*Amenazador*). ¡Eh!

ISA.—(*Valiente*) ¡No saldrá he dicho! Lo que hacen con tu hermano es una infamia. Y no ha llegado a él solo la injusticia, ha venido a estrellarse en nuestra honra. Y si tú no has sabido o no has querido castigarla, como era tu deber, yo les escupo a la cara mi desprecio. (*Valiente a D. Claudio y a Beatriz*). Y ahora,a la calle. ¡Alimañas! ¡gusanos! ¡a la calle! ¡a la calle!

TELÓN

ACTO TERCERO

DECORACIÓN.—La misma del acto primero.

CATALINA y el TIO JUAN

CATALINA.—¡Pobre Jaime! ¡Dá pena el verlo! Está en los puros huesos. Me dá más mala espina su cara.

JUAN.—Sí está malamente. Jaime no tiene salvación. Ya lo ha dicho el médico.

CAT.—Sí; pero es que este hombre ni se alimenta ni se cuída, y gracias a Isabel que tanto y tan bien mira por él, no se ha ido ya. Ella, que es más buena que tóos.

JUAN.—Y apesar de eso, no faltó quien quiso echarles encima a ellos dos aquella calumnia. ¡Oh! Si yo hubiera sío esa tarde Francisco, ya le hubiera dao a esos señoritos su merecido.

CAT.—Bien lo hizo Isabel.

JUAN.—Hizo lo que debía. ¡Qué demonio! ¡Lástima, lástima que aún queden por el pueblo esos miserables de Don Claudio y su hermana!

CAT.—¿Pero no vé usted con qué descaro se presentan aquí todas las tardes?

JUAN.—Mientras el amo quiera.... (*El alcalde entra precipitadamente por el foro derecha.*)

ALCALDE.—A la paz de Dios. ¿Está Francisco en la casa?

CAT.—¿Qué te trae por aqui?

ALC.—Malas cosas.

JUAN.—¿Qué pasa, hombre?

ALC.—Pasa, tío Juan, que vamos a tener conflictos en el pueblo. La

gente pide pan; harinas no hay; y la que hay, que es bien poca, está más cara que los brillantes. La gente está parada, no se trabaja y todo está para estallar. Yo he sabio que se han realizado varias reuniones en las que se protesta y que me han anunciao que si no se dan sacas de trigo se las tomarán por la fuerza. Y lo peor no es eso; es que tienen razón. En los graneros de Francisco hay mucho grano almacenao y no falta quien dice que entre D. Claudio y él, se lo van a llevar pa Francia. Y se van a llenar de oro los bolsillos. Esto, y las enseñanzas de Jaime ....

JUAN.—Mira, deja al pobre Jaime en paz.

CAT.—Siempre lo mismo.

ALC.—(*Mira alrededor y después muy bajo.*) ¿Pero ustedes piensan que yo.....? Si yo soy más amigo de Jaime que de ninguno Y el pueblo y todos los pueblos a la redonda, están dispuestos a ir donde se presente y hacer lo que se diga. Y yo sé muchas cosas más que no quiero decir. Tengo que disimular ¿comprenden ustedes? Mientras no venga la nuestra.

JUAN.—¿Pero qué dices? ¿Que todos están dispuestos.....?

ALC.—Que aquí ya no vale nada don Claudio, ni es el amo Francisco de la situación. Aqui, desde el cura hasta el alguacil del Juzgao sienten vivas simpatías por Jaime. ¿Qué digo simpatias? ¡Adoración! (*Pausa*) Bueno, ¿puedo ver a Francisco?

CAT —No está. Ha ido al Encínar esta mañana y aún tardará en volver.

ALC.—Pues para allá que me voy; yo he de verle antes que ocurra aquí algo sério. Adiós y..... recuerdos a Jaime. (*Mutis foro.*)

JUAN.—Anda con Dios. ¡Válgame! ¡No sé por qué me dice el corazón que Jaime va a tener un disgusto y gordo.

ISABEL.—(*Entrando lateral izquierda.*) ¡Hola tio Juan!

JUAN.—Buenos dias, mujer. ¿Y Jaime?

ISA.—Cada vez con más fatiga. Tose a rabiar. ¡Me dá una pena verlo! ¡Qué malos han sido con él! ¿Verdad?

JUAN.—Mira, Isabel, lo que pienso me lo digo a mí mismo. Sea lo que Dios quiera. He vivido ya mucho y sé que el mundo no tiene apaño. Adiós. (*Levantándose.*)

ISA.—¿Se marcha usted?

JUAN.—Me voy a mi faena. Hasta después. (*Mutis foro.*)

ISA.—¡Ya ves, Catalina! ¡Su hermano muriéndose y Francisco como siempre, alejado de esta casa, sin sentir nada en su corazón!

CAT.—Sí. Isabel, sí. Pero, ¿yo qué quieres que te diga? Desde que se han ido a la calle Roque, Antonio, Perico y otros, echaos por tu marido, nada más que por haber escuchao la charla de Jaime no

quiero que me eche a mi también; soy una pobre vieja; aquí gano mi pan....

ISA—(*Con rabia*). ¡Ah! ¡Sí! Ya lo sé. Teneis miedo porque llevais sangre de esclavos en las venas; veis la injusticia humana como domina en todas partes y la veis con indiferencia y con miedo.

CAT.—(*Casi llorando*). Isabel siento todo lo que pasa aquí. ¿Y yo qué le he de hacer?

ISA.—(*Tranquila*). Tienes razón, estoy como alocada, desde que ocurrió lo que ocurrió.

CAT.—¡Parece mentira, hija mia!

ISA.—Si, parece mentira, sí. ¡Pero Dios mío! ¿Qué hace el pobre Jaime, para no dejarle vivir?

CAT.—El pueblo es malicioso de todo.

ISA.—¿Pero malicioso, de qué? Si es un buenísimo hombre. ¡Pero es que tú no lo sabes!

CAT.—No lo he de saber, si casi le he criao.

ISA.—Ya ves, Catalina, hasta dónde llegan las infamias. Suponer aquella tarde que entre él y yo....

CAT.—El pueblo es malicioso, has hecho tantas cosas por él; todos sabemos en esta casa que lo has hecho por caridad, pero ¿quién puede tapar la boca a la gente? Habeis hablao tan juntos a veces.....

ISA.—Y es posible que el pueblo entero piense de mí esa injusticia.

CAT.—Así es el mundo, Isabel. Yo no digo nada. Asi es el mundo Isabel. (*Mutis lateral derecha*).

ISA.—¡Oh qué vida! ¡Qué de ruindades! ¡Qué miserables que son todos! (*Entra D. Fernando por el foro derecha*).

D. FERNANDO.—¿Cómo sigue ese hombre?

ISA.—Bastante mal, padre.

D. FER.—¡Desgraciado!

ISA.—¡Sí que es triste su situación!

D. FER.—¿Quiere usted decirle que estoy aquí? Yo le consuelo algo; yo mitigo un poco su tristeza.

ISA.—Es que usted es noble y es bueno.

D. FER.—Yo soy un hombre con sotana y no me precio de caritativo ni de humanitario. Amo a mi prógimo como a mí mismo;... y a veces mucho más.

ISA.—(*En un ímpetu*). ¿Usted cree en Jaime?

D. FER.—A pies juntillas. Creo que es uno de los pocos hombres que si tuvieran que sacrificarse en la vida por el bien de todos, sería el primero en hacerlo.

ISA.—Entonces. ¿Por qué todos lo han combatido? ¿Por qué le han aniquilado?

D. FER.—¡Ah! Porque hoy por hoy, por encima del sentimiento y del amor a la regeneración y a la caridad; está, aun potente y señorial, como único de los destinos que rigen al mundo, el egoismo, y el interés propio. Porque hay algo tan de los hombres que les impide hacer en bien de todos la obra noble y honrada de la abnegación. Y por esto; solo por esto, cuantas veces el pobre Jaime ha querido arreglar la máquina del universo, ha encontrado en su camino un obstáculo superior, una barrera infranqueable, la barrera humana que ha resistido con más potencia porque son muchos más que la idea de este pobre hombre.

ISA.—(*Se oye la tos de Jaime*). Aquí sale, no quiero verle. ¡Me dá una pena! Adiós, Sr. Cura. (*Mutis por el foro*)

D. FER.—Vaya con él.

JAIME.—(*Aparece en escena por lateral izquierda sumamente decaido y enfermo. En su cara vá reflejada la expresión de la tristeza y del mal*). Mi querido amigo D. Fernando. (*Le estrecha la mano*).

D. FER.—Qué. ¿Cómo andan esas fuerzas?

JAI.—No andan D. Fernando, están paralizadas quizás para siempre.

D. FER.—¡Bah! ¿Quién piensa en eso?

JAI.—Yo. Que soy el observador de mí mismo, que acostumbrado a no tener cuidado de nadie, y en mi constante soledad, he ido presenciando los progresos de esta traidora enfermedad; ya estoy convencido de que toca a su fin, no habrá más enfermedad en mí, porque habrá muerto el organismo.

D. FER.—Deje esos pensamientos. ¿Iremos esta tarde a nuestro paseo?

JAI.—Me encuentro acobardado; no puedo moverme, estoy muy débil.

D. FER.—Entonces charlaremos aqui sentados.

JAI.—No. Yo le agradezco mucho su compañía, y puede creer que solo en el mundo encontré, siendo tan inmenso, tres personas a quien agradecer sus atenciones. ¡Una ya no existe! (*Pausa*) Isabel y usted. Márchese. Puede venir Francisco y no ha de agradarle que usted me hable.

D. FER.—¿Y por qué no? Las soberbias de su hermano son dignas de perdón porque no es él quien habla ni piensa. El Sr. Francisco es un ciego más en la vida, un autómata más entre los hombres.

JAI.—¡Quizás tenga usted razón!

D. FER.—¿Le extrañaría a usted?

JAI.—Créame. Siendo muy joven salí de esta casa con la cabeza llena de ideas buenas; con ilusiones y esperanzas. Creí, ¡pobre de mí! que en ese mundo que vive, civilizado y rico de cultura, encon-

traría elementos para mi loca idea. En ese mundo traté de desenvolver mi juicio. ¡Santo Díos! En ese mundo hay menos libertad; cuando alguien trata de emitir su opinión, es censurado; cuando uno quiere combatir el hecho inmoral se le obliga a callar, para no asustar al pueblo; cuando más se necesita una opinión que juzgue, ésta no existe. En ese gran salón de la vida, observé cómo los más altos descienden a las pasiones más bajas; allí ví que unos hombres a otros se envidian y se atacan con la sonrisa en los labios; y en el misterio urden sus tramas, para que caigan del pedestal en que se encuentran situados los unos y subir los vencedores al mismo, hasta que la influencia mayor de los terceros vuelva a hundirles a ellos en el apartado rincón del olvido. Y esos, como desdeñados y vengativos, no dejan que prosperen las buenas obras de los demás, porque siendo su corazón de piedra, no se adolecen de los estados míseros de los pueblos y permiten hundirse de una vez, arrastrando tras sí a masas de séres ignorantes y confiados. ¿Cómo quiere que me extrañe de la conducta de Francisco?

D. Fer.—Jaime, usted ha sido un hombre capaz de comprender la vida. Yo he querído luchar dentro de mi misión y también me han vencido. Somos iguales; usted ha querido predicar en el campo del trabajo y de la sociedad y ha dado en piedra; yo he querido unir todos los sentimientos para la obra grande de la humanidad, con la fé; he querido que los principios de la Iglesia y del derecho lleguen al hombre desde el púlpito, y cuando mi palabra ha traspasado los límites del catolicismo y ha transcendido a la sociedad, también me pusieron el veto; porque los fieles quieren mucha religiosidad en la Iglesia; mucha cristiandad en el culto, pero mucha libertad mal comprendida en los actos del hombre. Así es la vida. Dejémosla correr. (*Pausa.*) Aquí me tiene a mí, recluido en este apartado rincón del campo, con prohibición absoluta de no hablar en mis sermones más que de los santos; y esto hago; tengo una pobre vieja que es mi madre y para mantenerla seiscientas pesetas de asignación anuales. Así vive un ministro del Señor, que tantos y tantos conocimientos se le exigen para ordenarse. ¡Así es el mundo y así será..... muchísimo tiempo!

Jai.—Así será a ciencia y paciencia de todos.

D. Fer.—Sí; a ciencia y más paciencia.

Jai.—Es decir, que el mundo morirá por un lamentable abandono. La obra del maestro se reducirá a enseñar el Silabario, el Catón y las cuatro reglas aritméticas. El niño crecerá, se hará hombre y

llegará a la vida con los ojos cerrados. La mujer seguirá siendo una esclava más. La raza perderá su vigor y continuará el poder de la ambición, el interés y el egoismo. (*Pausa.*)

D. FER.—Ahora escúcheme; quiero darle un consejo. Vengo a prevenirle.

JAI.—Prevenirme, ¿de qué?

D. FER.—De algo que le amenaza y que yo quisiera evitar.

JAI.—¿Qué puede significar una amenaza para mí que casi ya no vivo?

D. FER.—Es preciso afrontar la situación que usted mismo, sin darse cuenta, se ha creado.

JAI.—¿Yo?

D. FER.—Sí, amigo mío. La situación del campo es muy mala, como en el resto de la nación; la gente está hambrienta; ya hace varios días que los hombres andan por las moradas buscando quien les fíe una saca de trigo, y nadie lo hace; en las puertas de las casas; en sus interiores, se grita y se comenta (*Bajo a Jaime*). Hay varios cabezas de motín, entre ellos el Roque y Antonio que fueron echados del cortijo por el Sr. Francisco...

JAI.—Si la gente se muestra así es porque lo necesitan, D. Fernando.

D. FER —Está bien, pero no es eso.

JAI.—Entonces.

D. FER.—La gente le reclama a usted.

JAI.—¿A mí? ¿Y para qué?

D. FER.– Quieren que se ponga al frente de ellos y que pida en su nombre medios de vida.

JAI.—Eso no puede ser. ¿A dónde voy yo?

D. FER.—Esa es la palabra. Usted no puede ir a esa acción.

JAI.—No iré; por mi hermano, no iré. De mi boca no saldrá una sola frase ni en pro ni en contra.

D. FER.—Es que usted les ha predicado otras veces...

JAI.—No les he predicado. He tratado de encauzar sus inteligencias. Les he hablado de lo que desconocían; siempre han oido de mi boca una noble y leal enseñanza.

D. FER.—Pues bien; esas enseñanzas que tan noblemente ha querido usted trasmitirles, han sido—como tenían que ser—mal comprendidas.

JAI.—Yo siempre les he aconsejado cordura, paciencia, ¿en qué sentído han podido tomarlas?

D. FER.—Estas gentes no conciben el término medio. O resignación, trabajo, supeditación; o lucha y amenazas, o conformarse con la desgracia y el hambre, o furia o muerte...

JAI.—(*Horrorizado*) ¡¡El delito!!

D. FER.—El delito sí.

JAI.—¿Serían capaces?...

D. FER.—Lo sé todo, ellos tienen el propósito de salvar esta situación por la fuerza. De su boca siempre se escucha la palabra que usted les ha dirigido otras veces. «Hay que tener caridad». «Es preciso que unos hombres se ayuden a los otros». «Lo dice el señor Jaime».

JAI.—(*Animado*). Lo afirmo. Caridad. Ayuda. Pero yo no prediqué nunca el delito, jamás de mi boca salió una sola palabra criminal. Hay que pedir justicia, pues se pide gritando hasta que lo permitan los pulmones; ¡pero el delito no! ¡Delito no! ¡Delito no!

ALCALDE.—(*Entrando por el foro*). ¿Ha vuelto el Sr. Francisco?

D. FER.—¿Qué hay?

ISABEL.—(*Entrando por el foro*). ¿Qué pasa?

ALC.—Es preciso que sin pérdida de tiempo cuando vuelva el señor Francisco vaya al Ayuntamiento.

JAI.—¿Pero qué ocurre?

ALC —No lo sé, Sr. Jaime. Como usted no arregle esto yo lo veo muy mal, no me pregunten nada, no puedo hablar. (*Mutis foro*)

JAI.—(*Emocionado*). ¿Será posible? ¿Será posible?

ISA.—¿Qué tienes? habla, Jaime, ¿qué tienes?

JAI.—D. Fernando, es necesario que yo vaya al pueblo, que hable a esos desdichados, que yo les quite de la cabeza...

D. FER.—No. Usted no irá a ninguna parte. Quédese aquí. Allí podría tener peligro.

ISA.—(*Aparte*). ¡Eh!

JAI.—Aún a costa de mi vida iré.

ISA.—(*Preocupada*). ¿Dónde? No. ¿Verdad, Sr. Cura? El, no irá a ninguna parte.

D. FER.—Vamos, Sr. Jaime, tranquilidad. (*Pausa*). Voy a informarme y volveré. ¡Calma! ¡Mucha calma! Puede ser que el arrebato sea infundado. Adios. (*Mutis foro*)

(*Jaime quiere seguir a D. Fernando y no puede, cae en una silla sujeto por Isabel*).

ISA.—¡Ay!, ¡Ay! ¿Quieres contarme lo que ocurre?

JAI.—(*Desesperado*). No puedo ir. No valgo nada. Y quizás en estos instantes traman algo, algo terrible de lo cual soy yo, sin haberlo querido, el único culpable.

ISA.—¿Pero de qué vas a ser tú el culpable? Vamos, habla.

JAI.—¡Es mi fatalidad! ¡Es mi destino! (*Desesperado.*)

ISA.—Me sobresaltas a cada instante. ¿Porqué decia D. Fernando que estabas en peligro?

JAI.—Yo; que lo pague yo; que muera yo a la furia de ellos, pero nadie más.

ISA.—(*Con pasión.*) ¿Morir tú? ¿Tú? ¡Que eres mi vida! ¡Que eres mi alma!

JAI.—(*Extrañado.*) ¿Qué dices?

ISA.—Lo que he callado tanto tiempo. ¡Que te amo con todo mi corazón!

JAI.—(*Con amargura.*) ¡Isabel! ¡Tú! ¿Que me quieres dices?

ISA.—Como ya es imposible ocultar. Tú me has hecho creer en algo divino; has traido a mi alma un sentimiento tan desconocido para mí, que los otros hombres no saben decir. Tú eres muy bueno y has tenido siempre para tu Isabel palabras de consuelo. Me has hecho aprender en esos ratos en que has sido mi única compañía, una vida tan nueva, un mundo tan grande, que solo quiero vivir para tí.

JAI.—(*Con desconsuelo*) ¡Calla mujer, calla! ¡Por Dios, calla!

ISA.—(*Ebria de amor*). Huiremos juntos. Aun podrás curarte y entonces a tu lado acabaré mi vida; uniendo nuestras almas; admirando tu rostro; escuchando tu hermosísima palabra; yo seré tu todo, tu hermana, tu mujer, tu esclava.

JAI.—¡Calla! ¿Pero qué dices? ¡Ignorante mujer! ¡Y yo he creido que podría hablarte asi! (*Con desaliento*) ¡Tú tampoco me has llegado a comprender! ¡Escucho tus palabras con amargura y pena!

ISA.—¿Y por qué Jaime? Si no tenemos la culpa ninguno. La culpa es del hombre que no ha tenido para mí más que palabras bruscas; que no tuvo para mí jamas ni una caricia; que fué para mí como para todos, el amo. Pero tú has sido muy distinto. Tú me has hablado como nunca me habló tu hermano; por esto te quiero ¿qué pena puedes tener si así lo quiere la misma vida? Apartémonos de aquí, marchemos ambos, huyamos de los malos.

JAI.—Estás loca pobre mujer. Tú no comprendes; no entiendes; no sabes establecer un obstáculo fuerte entre la voluntad y el deber. De mí, has oido siempre una palabra moral, honrada. Pero esto que pretendes, no. Podrás quererme. Sí: es posible, el sentimiento del amor nace con la dulzura de la vida, yo podría amarte tambien, podria en un alocado momento de pasión, estrecharte entre mis brazos, besar tus labios, como sello de eterna unión.

ISA.—(*Con pasión*) Sigue, vida mía.

JAI.—(*En un momento de locura*). Podría amarte como a nadie, porque mi corazón quiso una vez sola, fué un amor triste, amor de regeneración a una débil mujer, por eso pondria en mi pasión toda mi alma, porque amarte a tí, sería amar a la buena, a la santa

mujer, de gran corazón, de sentimiento excelso. Podría huir contigo, morir en tus brazos y al final de mi pobre jornada, habría encontrado un alma buena que diera por mí incluso su existencia, como abnegadamente tú podrías hacerlo. (*Pausa*). Tienes razón; no fué tuya la culpa. Tú has necesitado cariño que no lo has tenido. Yo podría amarte, mi voluntad lo querría así, nuestra voluntad quizá lo sintiera.

ISA.—¿Luego me amas?

JAI.—Como quiero a mis semejantes. Daría por ti mi vida, como la daría por mi hermano.

ISA.—¡Por ese hombre!

JAI.—¿Por qué no? El día que los seres sepan perdonar las ofensas de los que les injuriaron, el mundo se trocará de malvado en bueno. (*Acercándose a ella tras una pausa*) Yo siento por tí un agradecimiento infinito. Yo no puedo amarte; lo impiden nuestro decoro y nuestro deber; por encima de todos los goces de la vida, sobre todas las pasiones humanas está nuestro deber. Tú no te perteneces a ti misma; te uniste a un hombre a quien tienes el sagrado deber de respetar. Podrás no quererlo, pero nunca injuriarle.

ISA.—¡Te quiero Jaime!

JAI.—Me tienes afecto.

ISA.—Te amo mucho.

JAI.—Tú obcecación te engaña. Eso que sientes no es el amor, es un cariño fraternal; hermana mía, así me quieres y así te quiero yo tambien. (*Pausa*).

(*Jaime mira fijamente a Isabel, observa en la cara de Jaime una expresión tan franca que avergonzada baja la vista al suelo. Queda recomendado al talento de los actores*).

JAI.—¡Hermana!

ISA.—¡Hermano mío! (*Llorando*). Así te quiero yo; así he de quererte. ¡Eres muy bueno; me has salvado; Dios te lo pague!

JAI.—¡Dios!..... (*Pausa*). ¡Sí!

(*El tío Juan entra por el foro*).

TIO JUAN.—Escuchadme, la cosa anda muy mal. Esos hombres han estado en el Ayuntamiento y han pedido que no salga de estos campos el trigo, piden pan; ahora se acercan hacia aquí, quieren verte y tambien a Francisco.

JAI.—¿Qué puedo yo hacer?

ISA.—¡Dios mío!

JUAN.—Aquí los tienes yá.

ISA.—¡Por Dios, Jaime!

JAI.—No temas.

(*Entran por el foro Roque, Antonio, Perico, y varios mozos*).

JAI.—¡Qué quereis!

ROQ.—¡Que se nos haga justicia!

ANT.—¡Que tengan humanidad con nosotros!

PER.—¡Que seamos iguales!

JAI.—Yo no puedo daros nada. Soy tan pobre como vosotros.

ROQ.—Deseamos que nuestras mujeres y los hijos no mueran de hambre.

ANT.—En tóo el campo no hay más trigo que el que tiene almacenao el Sr. Francisco.

PER.—Lo van a vender fuera y mientras ellos se llenan la bolsa,nosotros moriremos de hambre.

ROQ.—Antes éramos unos ignorantes, ahora ya sabemos lo suficiente para no aguantar estas injusticias.

ANT.—Las cosas que usted nos ha predicado las hemos aprendido muy bien.

ROQ.—Y venimos dispuestos a todo ¿lo oye usted? A todo. Si no nos lo dan por las buenas, habremos de tomarlo por las malas y caiga el que caiga.

JAI.—Pero eso no lo habeis escuchado de mi, yo no os he alentado nunca al crimen.

ISA.—¡Eah! ¡Basta! Marchaos que puede venir Francisco y.....

ROQ.—¿Y qué? ¿Quién es Francisco? Francisco era antes el amo pero ahora no; nos echó a la calle. No tenemos nada que agradecerle. Bastante le hemos trabajado por unos miserables reales; si viene que venga.

JUAN.—(*Aparte a Jaime*) ¿Lo ves Jaime?

JAI.—¡Desdichado de mí! ¡Yo busqué almas nobles; yo quise aliarme con la conciencia de los hombres y también aquí, por encima de la razón domina la fuerza; por encima de la resignación y de la paciencia grita la furia salvaje. ¡Me he engañado!

ANT. Todo eso está muy bien. No queremos perder el tiempo; hemos sabido que no quiere ayudarnos usted, que tanto nos abrió los ojos. Todo el pueblo está dispuesto a venir aquí y no dejar sano ni un rincón y sí es preciso matar, mataremos

JAI.—No; no hableis así. Matar no, eso no es humano.

ROQ.—Queremos que el Sr. Francisco nos fíe harinas que nosotros le pagaremos cuando podamos. No se va a quedar pobre por unos cuantos sacos de trigo. Como a nosotros no nos haría caso queremos que usted le hable.

JAI.—¡Y cual me puede hacer a mí!

ROQ.—Eso usted lo sabrá; desde que ha llegado aquí, todos le hemos escuchao con suma atención; por eso, por hablar con usted, nos han largao a la calle y estamos pasando hambre.

JAI.—¿Y me atribuís las culpas? ¿Acaso yo os he inducido a algo malo?

ROQ.—No decimos eso, pero.....

JAI.—(*Valiente*) Pues bien; teneis razón; solo yo soy el culpable; solo yo, que fuí tan iluso, que quise hallar en vosotros almas nobles y honradas. ¡Me he equivocado! Dentro de cada ser existe desarrollado, vehemente y poderoso todavía, el gérmen del mal; os mostráis fieros porque no habeis aprendido, no; si hubiérais aprendido mi enseñanza, en estos momentos pediríais justicia a quien debe dárosla; no vendríais en actitud violenta a robar.

ELLOS.—{ ¿A robar? ¡Eh? ¡Sr. Jaime!

JAI.—A robar, sí, lo que no os pertenece. (*Pausa*). Yo haré por vosotros apesar de todo, el último esfuerzo. Hablaré a mi hermano y le pediré lo que deseais;una vez más me humillaré al hombre por vuestro bien. (*Pausa*) Y si en algo me habeis tenido, si me quereis un poco, no me juzgueis mal.

ROQ.—En usted siempre hemos creido.

JAI.—Ahora marchaos, tranquilizad a esa gente y tened en mi confianza.

ROQ.—Gracias, señor Jaime.

ANT.—A usted se lo deberemos todo.

PER.—Por usted haremos lo que sea preciso.

JAI.—No quiero nada de vosotros; únicamente que os acordeis de mi alguna vez.

(*Todos salen por el foro.*)

JUAN.—Ahi tienes, Jaime, esa es la gente.

ISA.—¿Porqué has querido regenerarles?

JAI.—Porque a eso estamos obligados los hombres.

ISA.—¿Aún sigues asi?

JAI.—Mientras el último suspiro acabe mi vida.

ISA.—Hoy no debes hablar a Francisco.

JAI.—Tan pronto llegue. Le hablaré al corazón y si no me atiende le hablaré a su conciencia.

JUAN.—Será inútil.

JAI.—Así pasa la vida considerando inútiles las cosas; ¡la desconfianza es la que destruye la humanidad!

ISA.—Te ruego que no le hables.

JAI.—Es preciso; has visto como ellos me acusan. Si callara me cree-

rían culpable. Si no hiciera esto por ellos, tendrían razón en calificarme de farsante y yo no he mentido jamás. (*Pausa. Fuerte tos.*) ¡La fatiga otra vez! ¡La fatiga! (*Mutis por la izquierda acompañado de Isabel.*)

JUAN.—¡En qué parará todo esto!

(*Por el foro entran D. Claudio, Francisco y el Alcalde.*)

FRANCISCO.—Eso no puede ser. (*Indignado.*)

D. CLAUDIO.—Calma. Calma. Querido Francisco. Esto no es más que una revuelta sin importancia.

FRA.—Ya vió usted como nos recibieron en el Ayuntamiento.

ALC.—Yo no he visto nunca a la gente como hoy.

FRA.—Y todo esto es mi hermano; ese maldito.

D. CLA.—Este es el resultado de sus predicaciones y la benevolencia que le has tenido. Ya te lo decía yo.

ALC.—Es que la gente siente hambre.

FRA.—¿Y yo estoy obligado a darles mi dinero?

D. CLA.—Nuestro dinero.

FRA.—No será, ese trigo es mío; ¿qué culpa tengo yo de lo que pasa? Yo he pagado a cada uno su trabajo. No tengo más obligaciones con ellos. Pero si se ponen así yo les reduciré a la obediencia. Tío Juan; que todos los hombres vayan al granero con las escopetas y al primero que llegue...

JUAN.—Eso es imposible.

FRA.—No hay otro remedio.

ALC.—No haga usted eso; prométales algo.

FRA.—He dicho que no.

D. CLA.—Y el caso es que...

FRA.—¡Qué!

D. CLA.—(*Aparte a Francisco*). Hay que ceder.

FRA.—¡No!

JAIME.—(*Entrando por la izquierda*) ¡Francisco; escúchame!

FRA.—(*Irritado*). ¡Ah infame! Esa es tu obra; eso deseabas; ya te has vengado.

JAI.—No, Francisco, no es eso, necesito hablarte, pero a solas.

FRA.—Habla y pronto.

JAI.—Ha de ser a solas. (*Todos salen de escena por el foro, menos Francisco y Jaime*).

FRA.—Ya lo estamos, habla. ¿Qué quieres?

JAI.—(*Con voz debil*).¡Hermano mío! la gente tiene hambre, te piden una limosna puesto que eres rico; a tí, que los has visto trabajar al sol y a las escarchas, que con sus cuerpos te han engrandecido tus fincas.

FRA.—Les he pagado.

JAI.—No basta. Si desfallecen sus hijos ¿qué quieres que pidan? Lo hacen a quien lo tiene, ¿por qué no les atiendes? Préstales lo que solicitan, que ellos te devolverán algún dia y entonces tu nombre irá de boca en boca como símbolo de caridad; no adelantarás nada con la energía y la fuerza; solo habrás de exacerbarles; solo llevarás a esos corazones el odio; establecerás una injusta lucha de hermanos. Piensa que no te desprendes de todo tu trigo, les basta a ellos con una pequeñísima parte; te lo pido con toda mi alma; evita la discordia y socorre al mísero.

FRA.—Esa ha sido tu arenga: ya lo sé. Les ha enseñado todo eso para llevarlos a su ruina, pues bien; no cederé.

JAI.—Ten piedad de ellos y pide a Dios que algún dia no te encuentres así, porque entonces, como esos desgraciados gritan por el sustento, tú también gritarías.

FRA.—Hemos terminado. Tú y solo tú has traído a mi hacienda el revuelo y la discordia, solo tú me has perjudicado y no te lo he de consentir. Ese es el resultado de tus discursos ridículos y de tus vanas pretensiones.

JAI.—Nada hice en tu perjuicio; lo he querido hacer en bien de todos.

FRA.—¡Eah! ¡Acabemos! No he de ceder.

JAI.—Entonces, ¿qué pretendes?

FRA.—Defender a tiros mi casa.

JAI.—Te advierto que esa masa de gente pronta a estallar, puede dar un terrible día de luto al pueblo y quizás a tu casa.

FRA.—(*Con ironía*). ¡Les has aconsejado el crímen!

JAI.—¡Eso no!

FRA.—Todos lo dicen.

JAI.—Pues mienten; les he enseñado sí, libertad, trabajo, cultura y amor patrio, si no lo han comprendido es porque sois, tú también, unos indiferentes a la vida, y unos pobres de espíritu y de corazón. (*Pausa*). Pero dejemos esto. Ya ves que los momentos son de suprema angustia. Dáles lo que te piden, se bueno; es nuestra raza, nuestra humanidad; son nuestros hermanos.

FRA.—No, y cien veces no. Soy lo que siempre fuí, ¡el amo! que lo sepan; mi voluntad es fuerte; no he de ceder.

JAI.—¿Crees que eres el amo? Pues anda; verás tu engaño; hoy no; hoy todos son amos porque todos son hombres; hoy comienza la regeneración de un mundo que marchaba a la ruina, hoy conocen como son engañados por ti y por otros como tú.

FRA.—¡Jaime!... (*Conteniéndose.*)

JAI.—Esos hombres han comprendido ya; hoy saben qué clases de viles, de injustos negocios cometes.

FRA.—¡Jaime!... (*Violento.*)

JAI.—Y saben que ese trigo que duerme en tus almacenes, está vendido al extranjero y ese es su odio y esa es su exaltación.

FRA.—(*Va hacia Jaime en actitud amenazadora*). ¡Oh! ¡Calla! ¡Calla! No te valgas de que eres un pobre hombre inútil, para chillar como lo haces.

JAI.—Gritaré hasta morir. Lo que haces es una infamia.

FRA.—Yo te arrancaré la lengua. (*Vá nuevamente hácia él*).

D. CLA—(*Entrando por el foro*) Francisco; es preciso. Cierra esa puerta; la gente corre hácia aqui, vienen terribles.

FRA.—¡Ah miserable! (*Cerrando la puerta*).

JAI.—(*A D. Claudio*). ¡Tiene usted miedo de su obra!

D. CLA.—No, de la que tú has realizado.

JAI.—Es usted despreciable.

FRA.— ¿No callarás?

JAI.—No, ¡quiero humanidad!

JUAN.—(*Por dentro llamando a la puerta*). Abrid.

FRA.—¿Quién es?

D. CLA.—El tio Juan.

(*Francisco abre la puerta y entra el tio Juan*).

TIO JUAN.—El Ayuntamiento ha sido asaltado, están furiosos.

JAI.—Ya lo vés Francisco. ¡Cede; sé bueno!

FRA —He dicho que no.

D. CLA.—(*Aparte a Francisco*). Habrá que hacerlo.

FRA.—¡Jamás!

ISABEL.—*Entrando lateral izquierda*). ¡Oh! ¡Estoy asustada! (*Coje del brazo a Francisco*).

FRA.—(*Separando a Isabel*). ¡Déjame!

(*Desde un poco lejos se oye un ruido ensordecedor de personas que gritan. Algunas pedradas dan en la puerta*).

D. CLA.—Ya están aquí.

FRA.—(*Coge la escopeta*). Veremos quien pasa.

JAI.—(*Forcejeando con el hermano para quitarle la escopeta*). Tira ese arma.

FRA.—(*Empujando a Jaime*). ¡Suelta!

ROQUE.—(*Desde fuera*). Abran o tiramos la puerta.

ANT.—¡Abran!

FRA.—(*En el colmo de la desesperación*). ¡Abrid y nos veremos!

TIO JUAN.—Deja esa actitud..

D. CLA.—(*Llevándose aparte a Francisco*). Escucha: si no cedemos nuestra política se hundirá, hay que contentar a la gente. (*Alto*). Abre tú mismo, Francisco.

FRA.—No hay más remedio. (*Abre la puerta entrando en escena Roque, Antonio, Perico y gente del pueblo*). ¿A qué venis aquí?
ROQUE.—Dispuestos a todo; sea lo que sea.
FRA.—¿Qué modo de hablar es ese?
ROQUE.—El que queremos.
FRA.—¿A vuestro amo?
ROQUE.—Hablamos al hombre.
JAI.—Calma; escuchadme.
ROQUE.—No hay que aguardar más. ¿Se nos niega el pan?
D. CLA.—(*Diplomáticamente*) ¿Pero quién se ha opuesto a ello? Ya sabeis el cariño que se os tiene. Vosotros hombres honrados; trabajadores dignos de estas tierras. Yo os salvaré. (*Con ironía*) A menos que el señor Jaime no pueda hacerlo mejor que yo.
JAI.—¡Pero qué es esto!.....
FRA.—(*Aparte*). Comprendo.
D. CLA.—Todo está arreglado; lo he arreglado yo; pues no faltaba más, ¿qué no he de hacer yo en bien vuestro?
ROQUE.—Entonces.....
(*Todos se van quitando los sombreros*).
JAI.—(*Con desesperación*). ¡Y le creéis! ....
D. CLA.—Pues claro; ¿a quién si no? ¿a tí? ¡hombre desdichado; iluso!
ANT.—¿Se nos dará el pan?
D. CLA.—Cuanto querais. (*Se oye un murmullo de aprobación*).
JAI.—¡Venid! ¡escuchadme! ¡oidme! ¡no veis que este hombre es un farsante! si os dice eso es para engañaros; para atribuirse el éxito. El, no ha hecho nada, lo hace mi hermano por vosotros, y yo que le he suplicado.
D. CLA.—El trigo es mío. Está vendido a mi nombre y yo os lo doy.
FRA.—(*Con extrañeza*). ¿Eh?
D. CLA.—(*Aparte a Francisco*) ¡Calla! ¡Son nuestros!
ROQUE.—Entonces, nos has engañado tú. (*A Jaime*).
(*Todos dicen: «Tú». «El culpable». «Nos has engañado»*).
JAI—¡No me deis esta nueva amargura! Yo no os engañé nunca.
ISA.—(*A ellos*). Ese es vuestro pago; miserables. (*Yendo a Jaime*).
D. CLA.—¡Vamos, seguidme!
FRA.—¡Vamos!
ROQ.—¡Viva nuestro Diputado!
TODOS.—¡¡Viva!!
JAI.—Escuchadme, Roque, Antonio, amigos míos. (*Debil*)
ROQ.—(*Con desprecio*) ¡Embustero!
ANT.—¡Quita de aquí!
UNA VOZ.—¡Nos ha engañado!

JAI.—(*Cada vez más debil*) No... Jamás...
TODOS.—¡Viva D. Claudio!
D. CLA—Hemos vencido. (*Sale por el foro con ellos que le siguen*).
FRA.—(*A Jaime*). Mira si soy el amo. (*Sale por el foro*).
Jaime quiere ir tras ellos. Isabel le detiene).
ISA.—¡Detente, Jaime!
TIO JUAN.—¡Lo vés! ¡Lo has visto!
JAI.—(*Casi en la puerta sosteniéndose por las paredes*). ¡Ah! ¡ciegos!... corred... tras... la ficción y la mentira. Id al abismo. (*Cada vez más debil*).
ISA.—¡Jaime! ¿Qué tienes? (*Al ver su decaimiento.*)
TIO JUAN.—¿Qué es eso, muchacho?
JAI.—(*Quiere avanzar hacia la puerta y cae en el centro de la escena sujeto por Isabel y Tío Juan*) ¡Libertad!... ¡Sacrificio!... Humanidad!...
ISA.—¡Desdichado! ¿Todavía crées en tu idea?
JAI.—(*Desfalleciendo*) ¡Sí...! ¡Mi santa idea...! ¡La que algún día... salvará... al mundo...! ¡Humanidad..., despierta...!

TELÓN

3 0112 117459807